

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

Ss

LA
REINA MIDAS

*Curtis
Garland*



Aquel día sucedieron dos cosas importantes en lugares opuestos del mundo. Sin embargo, ambas estaban conectadas entre sí de forma muy directa, aunque nadie pudiera imaginarlo.

El primer hecho tuvo lugar en Wall Street y pareció, inicialmente, una simple alteración bursátil, un repentino desequilibrio en los mercados internacionales de determinado sector. Realmente, pocas personas se enteraron de ello, y menos aún llegaron a concederle gran importancia. Era una cuestión técnica, en apariencia, y no había por qué concederle mayor importancia que a una repentina baja injustificada en la cotización del dólar o a un mal día en la Bolsa, no previsto por los expertos.

El ciudadano medio ni siquiera se enteró de ello. Y el que tuvo ocasión de echar una ojeada a ciertas informaciones de prensa se encontró también con que no entendía del todo el fondo de la noticia, y ni siquiera se preocupó por ello.



Curtis Garland

La reina Midas

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1692

ePub r1.1

Lds 25.02.19

Título original: *La reina Midas*

Curtis Garland, 1983

Cubierta: Sampere

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Aquel día sucedieron dos cosas importantes en lugares opuestos del mundo. Sin embargo, ambas estaban conectadas entre sí de forma muy directa, aunque nadie pudiera imaginarlo.

El primer hecho tuvo lugar en Wall Street y pareció, inicialmente, una simple alteración bursátil, un repentino desequilibrio en los mercados internacionales de determinado sector. Realmente, pocas personas se enteraron de ello, y menos aún llegaron a concederle gran importancia. Era una cuestión técnica, en apariencia, y no había por qué concederle mayor importancia que a una repentina baja injustificada en la cotización del dólar o a un mal día en la Bolsa, no previsto por los expertos.

El ciudadano medio ni siquiera se enteró de ello. Y el que tuvo ocasión de echar una ojeada a ciertas informaciones de prensa se encontró también con que no entendía del todo el fondo de la noticia, y ni siquiera se preocupó por ello.

La segunda circunstancia ocurrió en un lugar muy alejado del centro financiero y bursátil de Nueva York, y parecía que no tenía absolutamente nada que ver con el mundillo de la economía mundial.

Porque ese suceso fue, simplemente, un asesinato. Y la víctima no tenía, precisamente, la más remota relación con gentes de las finanzas o del dinero, sino más bien todo lo contrario.

No obstante, pese a todo lo que pudiera parecer, ambos acontecimientos estaban íntimamente relacionados entre sí, y marcaron el inicio de una extraña y violenta aventura en la que, tal vez, se jugaban muchas cosas hasta entonces inamovibles. Pero, fundamentalmente, estaban en juego desde su inicio un sinfín de vidas humanas y el equilibrio mundial en cierto sentido.

Pero todo eso, solamente unas pocas personas iban a comprenderlo. Y otras, más escasas y privilegiadas aún, iban a tener la posibilidad de intentar evitarlo.

* * *

Ronald H. Westlake era un hombre importante. Muy importante. Y resultaba sumamente difícil verle alguna vez agitado o excitado, hasta el punto de que tenía, entre sus más directos colaboradores y conocidos, colegas y hasta adversarios, el sobrenombre de Cara de Hielo. Era un apodo que le iba bien. Jamás aquel rostro anguloso, largo y frío, se había alterado por circunstancia alguna, aunque había quien aseguraba que el motivo de ello era que Westlake no era aún financiero cuando el *crack* del veintinueve. De haber sido así, imaginaban que no hubiera permanecido tan impasible.

Pero como Westlake, en el negro año veintinueve era solamente un jovenzuelo de once años, que intentaba hacer «novillos» cuantas veces le era posible, ni siquiera se dio cuenta exacta de lo que sucedía en casa, al arruinarse, como tantos otros americanos, su buen padre y su entrañable madre, ambos buenos ahorradores hasta entonces, y propietarios de un floreciente negocio. Negocio y ahorros se los llevó el viento de la Depresión, y la lucha de Westlake, como adolescente y hombre adulto, para crearse un porvenir, fue dura y difícil. Pero era un hombre firme y decidido, y se había propuesto llegar con su propio esfuerzo adonde la carencia de estudios superiores, provocada por la ruina familiar, no le había permitido arribar con mayor facilidad y brillantez.

Por eso se hizo financiero. Y por eso ahora era un hombre rico, importante y con un gran prestigio en el mundo de las finanzas internacionales. Presidia dos consejos de administración, era experto en Bolsa y dirigía una entidad financiera muy importante, con ramificaciones en Londres, París y Roma.

Pues bien, ese hombre notable en el mundo de las cifras y de las cotizaciones, el impasible Cara de Hielo de Wall Street, por vez primera en su vida dejó de hacer honor a su nombre. Y todos pudieron verle, para asombro y desconcierto general, tan excitado como furioso.

Ocurrió cuando cierto télex llegó a sus manos, provocándole

primero un desasosiego que casi nadie advirtió. Cuando otro télex desde otro punto de origen muy distinto, confirmó el primero, su inquietud se tornó precaución. Y cuando fueron más de una docena de télex distintos los que hicieron hincapié en la misma insólita noticia, su rostro se demudó, estrujó en sus manos los papeles arrancados de la máquina y lanzó una imprecación obscena que nadie, en la amplia oficina bursátil, le había escuchado pronunciar jamás.

Una veintena de rostros atónitos se volvió hacia él, comprobando que el muy circunspecto, impávido y solemne Ronald H. Westlake estaba lívido, para pasar un momento después a tomar el color de la grana, y finalmente resoplar, lanzándose fuera de su oficina como una centella, para penetrar en los corros bursátiles de abajo, lo mismo que un tanque arrollador.

—Pero ¿qué diablos le ocurre al jefe? —preguntó uno de ellos, perplejo.

—No sé —declaró otro—. Nunca le he visto así.

—Espero que lo del veintinueve no vaya a repetirse... —Manifestó otro, alarmado.

—Bueno, el cuadro de cotizaciones del día no da esa impresión —les calmó otro, echando una ojeada a la pantalla de la computadora que transmitía desde la terminal los datos bursátiles del momento—. Alguna tendencia a la baja hay, pero no como para eso, ni mucho menos.

—Pues es como si hubiera visto al mismísimo diablo en esos télex —rió otro, señalando los papeles caídos en el suelo, tras ser estrujados por el financiero—. Nunca lo he visto así desde que trabajo con él.

—Veamos qué sucede —manifestó uno de los empleados, levantándose de su propio lugar de trabajo, para ir a recoger los télex, que desplegó cuidadosamente, echándoles una ojeada. Arrugó el ceño, y manifestó lentamente, moviendo la cabeza de un lado a otro—: Pues no lo entiendo...

—¿Qué es lo que no entiendes, diablo? —protestó un impaciente—. ¿Ocurre algo serio o no? Nos tienes a todos en vilo.

—Todos los télex dicen más o menos lo mismo: que el oro está bajando vertiginosamente de cotización en todos los mercados del mundo.

—Bueno, recordad que Westlake es presidente del consejo de administración de la Gold International Corporation, una entidad mundial en el mercado del oro... Puede que eso le afecte bastante...

—Pero el oro siempre vuelve a subir. Es un valor constante, después de todo.

—Sí, eso parece. Pero estos mensajes parecen señalar algo realmente raro: la cotización del oro en los mercados europeos y asiáticos desciende en picado. Uno de ellos anuncia que es posible que si sigue bajando al mismo ritmo, cunda el pánico en otros sectores y se tambaleen las monedas fuertes que tienen su respaldo en el oro de las reservas, como sucede con los Estados Unidos. El último télex, el que tanto ha conmovido a Cara de Hielo, anuncia ya una pérdida de un cuarto de su valor normal. Eso, en sólo cuatro horas. Imaginad si eso continúa...

—Es un fenómeno bastante raro —objetó uno de los expertos, sacudiendo la cabeza—. Las monedas pueden sufrir verdaderos desastres en un día malo, pero algo sólido y firme como el patrón oro... No lo entiendo.

—Ni yo. A menos que hayamos sacado a la venta todos los lingotes de Fort Knox —rió otro—. La abundancia excesiva de algo siempre merma su valor, ¿no es cierto?

—No creo que el tío Sam haya vaciado su despensa —bromeó un compañero—. Pero no podemos estar seguros de que otros no lo hayan hecho para sostener su balanza de pagos y hacer frente a una crisis de liquidez ante otros países acreedores, pongamos por caso.

—Todo eso resultaría muy complicado. ¿Inglaterra, el Vaticano, la URSS? Ninguno de ellos creo que subastara de repente todas sus reservas de oro para afrontar pagos, la verdad.

—Pues explícame eso, entonces —refunfuñó el experto.

Sé disponía a regresar a su mesa de trabajo, cuando emergió otro télex por la máquina. Fue a recogerlo y lo arrancó del rodillo, extrayéndolo.

—Vaya... —suspiró—. Si Cara de Hielo lee esto, le da un infarto. El oro sigue bajando... En la Bolsa de Londres han decidido cerrar su cotización hasta saber qué sucede. Y parece ser que en Tokio están decidiendo algo parecido.

—Pero eso puede sembrar el pánico... —aventuró uno de ellos, sumamente inquieto.

—Es posible. Sin embargo, el oro a vuelto a bajar cuatro dólares más en su cotización. A ese paso, hasta el estaño o el cobre van a valer más en cualquier momento. Los expertos financieros están buscando el motivo de tal caída. Dice este télex que al parecer, se detecta un exceso de oferta del precioso metal en todos los mercados mundiales, realmente inconcebible...

—De modo que se confirma nuestra teoría, por fantástica que pareciese...

—No sé, no sé... Pero algo está ocurriendo. Algo muy raro, amigos. Empiezo a pensar que Cara de Hielo tiene motivos para perder su compostura por una vez. Si eso sigue así, una de sus empresas se va a pique sin remedio... Y con ella, posiblemente, todo el equilibrio económico mundial...

* * *

Satisfecho, Philip Rosenthal colgó el teléfono. Se frotó las manos, con gesto complacido. Luego miró al hombre sentado frente a él.

—Lo hemos conseguido —dijo—. Compraron la última remesa. Pero han bajado el precio. Dicen que la oferta es abundante en el mercado, y no pueden pagar más. Aun así, nos lo abonan bastante por encima de su cotización actual.

—Habrá que detener por un tiempo nuestras ventas —señaló el otro, frunciendo el ceño con aire preocupado—. No nos conviene saturar demasiado los mercados. Significaría que nos lo pagarían a precio de chatarra.

—Pero aún tenemos dos toneladas de...

—Espere —le atajó el hombre sentado ante la mesa—. Déjeme explicarle las cosas. Si esto sigue así, nuestra mercancía va a valer mañana menos de la décima parte de su valor. No valdría la pena deshacerse de eso a tan bajo precio, y provocar una baja aún mayor. Recuerde que tenemos en nuestras manos el modo más fantástico y perfecto de hacernos ricos en poco tiempo, pero esto no ha hecho sino empezar. Si nos precipitamos, si queremos ganarlo todo de inmediato, podemos matar a la gallina de los huevos de oro. Y nunca mejor aplicado el símil —completó con una risa sardónica.

—En eso tiene razón —aceptó Rosenthal, dubitativo—. Pero por

otro lado, tengo miedo.

—¿Miedo a qué o de quién? —Se irritó el otro.

—De... de *ella*, usted lo sabe.

—Oh, ella... —Hizo un gesto airado el visitante—. Rosenthal, usted sabe que estamos jugando fuerte en esto. Eso requiere un riesgo importante, ¿no?

—Sí, pero el riesgo... es nuestra propia vida.

—Eso ya lo sabía usted cuando empezamos con esto —mostró su desdén el interlocutor, para añadir fríamente acto seguido—: Tenemos en las manos algo que nadie tuvo jamás antes de ahora. Tratemos de sacar de ello el mayor provecho posible en el mínimo de tiempo, y luego retirémonos prudentemente. Pero no por ello vamos a echar a perder nuestra gran ocasión. Poseemos ya unos millones de dólares, cierto. Sin embargo, es preciso recaudar todavía más, mucho más. Y para eso necesitamos esperar un poco, dejar que las cotizaciones internacionales se equilibren de nuevo, para volver a vender. Mientras tanto, permaneceremos a la espera, sin vender ni un gramo de nuestra preciosa mercancía.

—Cuanto más tiempo permanezcamos metidos en esto, más posibilidades tendrá *ella* de encontrarnos. Usted sabe que posee medios, recursos ilimitados. Y que es sumamente lista...

—Lo sé todo. No crea que me confío en exceso —rió el hombre—. Sé que ella es astuta y cruel como un reptil. Que jamás perdonará lo que le hicimos. Y que todos sus esfuerzos actuales deben dirigirse a identificarnos y dar con nosotros del modo que sea. Pero también nosotros tenemos nuestros medios de protegernos, no lo olvide, amigo Rosenthal.

—Me sentiré mucho mejor cuanto terminemos todo esto y nos vayamos lejos —jadeó éste, secándose el sudor de sus manos con un pañuelo—. La verdad es que no me gusta nada la idea de que esa mujer pueda identificarnos y localizarnos.

—No tema. No va a ocurrir nada. Estoy seguro de eso. Ella no puede encontrarnos tan fácilmente. Además, están nuestros hombres, nuestra organización...

En ese momento, la puerta del despacho se abrió con brusquedad. Ambos hombres giraron la cabeza. Una expresión de repentino sobresalto, que pronto se trastocó en claro terror, asomó a sus rostros. Éstos se tornaron lívidos.

En la puerta aparecieron unas figuras encapuchadas, unos hombres con suéter ceñido negro, de cuello alto, pantalón igualmente negro y una caperuza del mismo color, con una letra M en oro, bordada sobre su frente. La misma letra, en idéntico color, aparecía bordada también en el lado izquierdo de sus suéters.

Eran cuatro hombres. Empuñaban una especie de livianas pistolas ametralladoras de largo cañón. Cuando Rosenthal y su visitante, puestos en pie, pretendieron hacer frente a los recién llegados, buscando sus armas bajo la americana, los encapuchados se limitaron a alzar sus armas y apretar el gatillo.

Tabletearon sorda, apagadamente, con una especie de *tap-tap-tap*, parecido al taconeo de una bailarina. Pese a lo silencioso de sus estampidos, las balas que vomitaron aquellas armas eran mortíferas en alto grado. Penetraron en los cuerpos de ambos hombres, acribillándoles, para luego estallar dentro de ellos, como las viejas y destructivas balas

dum-dum.

Cayeron los dos, bañados en sangre, víctimas de horribles destrozos, y la sangre que corrió copiosa sobre los muebles y la moqueta del despacho. Las armas silenciosas dejaron de crepitar.

Los encapuchados se apartaron cuando alguien pisó con firmeza y sigilo a sus espaldas. Apareció una figura sorprendente, flanqueada por dos gigantes encapuchados de manos enormes y poderosa musculatura, cuyos uniformes, idénticos a los de los asesinos, eran de color gris y no negro. La letra M. en oro, aparecía igualmente en sus ropas.

Pero la persona a quien escoltaban era realmente lo más notable del grupo. Una mujer digna de un fantástico *cómic* espacial o de un espectáculo musical de Hollywood. Pero algo siniestro en ella, restaba superficialidad o frivolidad a su aspecto.

Lucía una malla completa en color dorado, ciñéndole cuerpo y piernas, bajo una amplia capa negra que sujetaba con sus guantes dorados. Su rostro aparecía oculto por una máscara dorada, con las facciones de una mujer exótica y extraña, parecida a una carátula oriental. Sólo poseía las ranuras para sus ojos, fosas nasales y la rendija de la boca. Encima de la máscara de oro, una melena azul-negra, lacada, revelaba la falsedad de la peluca, ocultando el auténtico color de sus cabellos.

Se abrió paso entre sus hombres, contempló fríamente la sangrienta escena, y se limitó a susurrar con voz que ahuecaba lúgubrementemente la máscara rígida hecha de oro puro:

—Buscad la fórmula, pronto. Tiene que estar aquí. Ellos eran los que dirigían todo esto. Los que hemos liquidado abajo no eran sino esbirros a sueldo. Ese Rosenthal era el jefe aparente del grupo, aunque imagino que esto es sólo una ramificación de alguna mafia internacional. Espero que la lección les sirva de saludable ejemplo en el futuro...

Sus hombres asintieron con movimientos de cabeza, dispersándose y comenzado un registro minucioso e inexorable del lugar. Poco más tarde, uno anunciaba, mostrando un pequeño libro de tapas de hule rojas:

—Aquí está, señora. Es la fórmula.

—Bien... —rió suavemente la voz femenina tras la máscara—. Ahora, vámonos de aquí.

Ya no queda nada más por hacer.

Salieron rápidamente. Abajo les esperaban tres furgonetas comerciales, paradas en el patio de descarga de aquel almacén de la zona portuaria de San Francisco de California. En tierra, sobre el asfalto, yacían media docena de hombres sin vida, cosidos a balazos. Ante las furgonetas montaban guardia seis hombres armados, en dos grupos de tres. Ella hizo un gesto. La media docena entró en una furgoneta, los cuatro asesinos en otra, y ella con sus dos guardaespaldas de caperuza gris en la tercera.

Se alejaron, rodando silenciosamente hacia la cercana calleja que conducía al interior del recinto portuario.

Arriba, dos hombres acribillados quedaban como señal del paso de la extraña mujer de la máscara de oro. Pero uno de ellos, al ausentarse los asesinos, aún se movía ligeramente en el suelo, con un soplo de vida en su cuerpo acribillado a balazos.

CAPÍTULO II

El alto funcionario del Departamento del Tesoro cerró el dossier que acababa de depositar ante su mesa su interlocutor de mayor edad. Las gafas brillaron al reflejar vivamente la luz de la lámpara, cuando alzó su cabeza hacia los dos hombres con quienes estaba reunido en el despacho amplio y confortable, a través de cuyas ventanas era visible la estructura inconfundible de la Casa Blanca, en medio de los jardines y las avenidas y paseos del Ejecutivo, como se denominaban los accesos a los principales recintos gubernamentales de la ciudad. Sobre Washington, un tibio sol otoñal doraba los edificios del Gobierno y hacia amarillear las hojas de los árboles.

—Bien —murmuró el hombre del Tesoro—. Tenemos la realidad incontestable de que nuestras reservas de oro han descendido en varios miles de millones de dólares a causa de la extraña inflación de ese metal en los mercados mundiales. Pero es una simple situación coyuntural que no puede durar. Supongo que el oro estabilizará su cotización a la larga, caballeros.

—Sin duda alguna —admitió el de más edad—. Pero de haber continuado al mismo ritmo la saturación del oro, podría haber venido la bancarrota para todos los países con fuerte respaldo de oro a su moneda, eso es evidente.

—Muy evidente, sí. ¿Es ése el caso?

—No, afortunadamente. Ya no han aparecido nuevas ofertas masivas de oro en ninguna parte. Aunque con una fuerte baja aún, su valor oficial se va estabilizando.

—Es un buen indicio —el funcionario del Departamento del Tesoro del Gobierno Federal se quitó las gafas, comenzando a limpiarlas lentamente con el pañuelo—. Pero supongo que ustedes

no han venido a hablarme solamente del valor del oro en los mercados.

—Supone bien, señor. Ya ha podido echar una ojeada a ese dossier.

—Sí, lo he hecho. Pero no he sacado mucho en claro. Dos hombres fueron asesinados en San Francisco. Varios guardaespaldas de esos mismos hombres también fueron acribillados por alguien en el patio de acceso a sus instalaciones comerciales. Una de las víctimas se llamaba Philip Rosenthal y parece ser que pertenecía a una mafia internacional especializada en delitos monetarios de altos vuelos. ¿Voy bien hasta ahora?

—Perfectamente, señor.

—Y ese hombre, al ser hallado por la policía, aún no estaba muerto, pese a sus gravísimas heridas, logrando sobrevivir incluso durante varios minutos en el quirófano de urgencia adonde se le trasladó. Aunque virtualmente jamás recuperó el conocimiento de un modo pleno, parece ser que dijo algo antes de morir. Frases incoherentes y poco claras.

—En efecto. Las frases están ahí anotadas. Pero poseemos una grabación por si acaso. Puede escucharlas, si así lo desea.

—Supongo que han sido transcritas fielmente, de modo que no es necesario —se ajustó de nuevo las gafas sobre su hebrea nariz y echó una ojeada a los documentos de nuevo, abriendo la tapa roja del dossier—. Veamos... Aquí están. El moribundo dijo exactamente: «Ahora que... íbamos a ser inmensamente ricos... Los más ricos del mundo... La fórmula... la vieja alquimia... desde tiempos remotos nadie supo... dar con ella... Y la teníamos... la teníamos... La fórmula prodigiosa... Ella... ha sido ella... Maldita mujer... La Reina Midas... Ha sido... ella».

Cerró el dossier y enarcó las cejas, inclinándose hacia sus interlocutores con aire perplejo.

—¿Alguno de ustedes tiene una explicación a esta retahíla de frases sin sentido, caballeros? —concluyó casi con sarcasmo.

Los dos visitantes se miraron entre sí. El hombre de más edad era un inspector-jefe del Federal Bureau of Investigation, el mítico FBI fundado por Hoover. El otro hombre, joven, alto, y sombrío, de astuta mirada fría, era también un alto funcionario de la Agencia Central de Información, la no menos conocida CIA.

—Verá, señor —comenzó este último con voz grave y reposada. —Según mi particular punto de vista sobre la cuestión, tenía que existir alguna organización o entidad internacional con ramificaciones suficientes en todo el mundo, que diera salida a la ingente cantidad de oro vendida últimamente en los mercados mundiales. Para eso haría falta que el país que vació sin duda sus arcas del Tesoro, contase con la colaboración de unas personas capaces de distribuir ese oro secretamente, sin provocar escándalos ni descubrir la relación con el país en concreto. Hemos pensado que esa mafia a la que pertenecía el asesinado Rosenthal pudo ser la que se hiciera cargo de tal labor.

—Y si fuera así, ¿por qué le asesinaron? ¿Quién pudo hacerlo?

—Tal vez los mismos que les contrataron para ello. De ese modo, se silencia para siempre la identidad de la nación que, tal vez a espaldas de su pueblo y de sus leyes, ha vendido al extranjero todas sus reservas de oro masivamente, desequilibrando el mercado mundial.

—Puedo asegurarles que nosotros no hemos sido quienes vaciamos Fort Knox, caballeros —comentó irónicamente el hombre del Tesoro—. Y me pregunto: ¿qué país puede disponer de tal cantidad de oro en reserva como para inundar el mercado internacional de la noche a la mañana?

—No sabemos. Tal vez Gran Bretaña, tal vez la URSS. O quizás un secreto consorcio de naciones necesitadas de dinero.

—¿Y dónde encajas las palabras del moribundo sobre la alquimia y esa extraña mujer a quien llama la Reina Midas? —sugirió con cierta ironía el titular de aquel despacho.

—Hemos pensado que la frase «Reina Midas» puede ser una clave operativa o el nombre en código de la operación de venta de oro. Recuerde, señor, que según el viejo cuento, el Rey Midas convertía en oro cuanto tocaba...

—He leído ese cuento de niño lo mismo que usted —se mostró seco ahora el funcionario del Tesoro—. Pero sigo sin ver demasiado claro el significado de las palabras ahí reproducidas, la verdad.

—Usted tiene razón, señor —terció gravemente el inspector general—. Esos términos de «la fórmula», «la Reina Midas» y la alusión sorprendente en un moribundo a «la vieja alquimia», han extrañado y preocupado a nuestros expertos. Ahí alude a la «Reina

Midas» con la concreta mención aparente de que es una «maldita mujer», según el calificativo empleado por el hombre asesinado. E insiste de nuevo en lo de una «fórmula prodigiosa», así como que iban a ser «inmensamente ricos, los más ricos del mundo».

—Prosiga —le invitó el funcionario del Departamento del Tesoro, con expresión ceñuda—. ¿Adónde quiere ir a parar?

—Bueno, señor, es algo que no parece tener sentido ni lógica, y de lo que mi compañero de la CIA y su propio Departamento en pleno no quieren ni oír hablar. Pero yo tengo un amigo muy especial, que ahora se halla de viaje de placer en alguna parte del mundo, y cuya afición a criptogramas, jeroglíficos, claves cifradas y códigos secretos es inmensa. Se le considera un especialista en resolver las más intrincadas claves y criptogramas, y varias veces ha ayudado al Departamento de Defensa, al Pentágono y al propio FBI en problemas que parecían insolubles. Recientemente, durante la crisis de Irán y la de Oriente Medio, pudimos localizar a unos agentes perturbadores de ciertas potencias y anular sus maniobras de encender allí la mecha de una posible guerra mundial, como quizás sepa mi buen amigo —y señaló cortésmente a su colega de la CIA—, gracias a la ayuda inestimable que ese amigo mío nos prestó en la solución de un complicadísimo código cifrado realmente nuevo y casi inextricable, contra el que se estrellaban todos los métodos convencionales de transcripción, humanos o mecánicos.

—Eso es cierto —admitió débilmente el miembro de la CIA, expresándose de mala gana—. Pero en esta ocasión su amigo ha ido demasiado lejos. Y ha llegado al puro terreno del absurdo, en su afán de saber más que nadie. Personalmente, sigo creyendo que esas palabras son los desvaríos de un moribundo que soñaba con lo que no había podido alcanzar, con el sueño dorado de todo ser humano: convertirse en una persona inmensamente rica. El hecho de que manipulase grandes cantidades de oro, alteró sin duda su razón en el momento de ser herido mortalmente, eso es todo.

—Caballeros, por favor, no discutan sin decirme previamente sobre *qué* discuten —se irritó el del Tesoro—. ¿Por qué no me explican qué versión ha dado su brillante amigo a esas palabras incoherentes de Rosenthal en el quirófano?

—Con mucho gusto, señor admitió el federal con un suspiro. —Y no se eche a reír cuando lo oiga, por el amor de Dios. Le confieso

que cuando he hablado por radio con mi amigo, y él me desveló su versión de esas palabras, tras una corta meditación, me costó mucho no soltar la carcajada y enviarle al diablo. Después, comencé a recapacitar, aunque lleno de escepticismo, y he empezado a convencerme de que podría haber algo de verdad en todo ello, por fantástico que parezca.

—Hombre de Dios, ¿es que va a tenerme en vilo todo el día? —masculló el funcionario del Tesoro—. ¿Va a decirme o no de una maldita vez, lo que le expuso su amigo?

—Sí, señor, perdone mis divagaciones, pero sólo quería prepararle para lo que va a oír —lanzó un resoplido y finalmente se atrevió a espetarle lo que el otro tanto ansiaba oír—: Según mi amigo, alguien en el mundo, posiblemente una mujer que se llama o hace llamarse a sí misma la «Reina Midas», ha descubierto o adquirido el mayor y más valioso secreto de todos los tiempos: la piedra filosofal.

—¿Qué? —bramó el hombre del Tesoro.

—En suma, señor: que el oro que está inundando los mercados *se fabrica* en alguna parte. Que el sueño de los antiguos alquimistas, la fórmula para hacer oro, existe ya...

Un pesado silencio cayó sobre el despacho. La irónica sonrisa del agente de la CIA se haló en sus labios cuando vio la repentina y ensombrecida expresión del funcionario del Tesoro, que no parecía dispuesto a reírse en absoluto de aquella demencial posibilidad.

Al contrario. Clavando sus ojos en el inspector del FBI, preguntó con voz tensa:

—¿Quién es ese amigo suyo, y dónde se encuentra ahora? —Su nombre es Duke Yordan— carraspeó el federal. —Es millonario y vive caprichosamente. Cuando comuniqué con él, a través de una emisora de radio muy potente que siempre lleva consigo, estaba navegando en su yate favorito, el *Pirata*, a través del Mar de China... Ahora, ignoro dónde estará.

* * *

Besó los cálidos y firmes senos de bronce. Sus dedos acariciaron la tersa piel dorada de la muchacha tendida en cubierta, con la sola pieza inferior de su bikini amarillo, tomando el sol marítimo en

toda su deliciosa y fresca intensidad.

—Eh, no empieces —protestó ella, aunque con voz suave y aterciopelada que distaba mucho de ser un rechazo. Se relajó, y su cuerpo escultural, de turgentes curvas, se distendió sobre las maderas lustrosas del yate—. Quedamos que sólo tomaríamos el sol, cariño.

—Te aseguro que no he dejado de tomarlo un momento —rió él, deslizándolo su mano suavemente por el terso vientre y los largos muslos sedosos de la hembra—. Pero una cosa no dificulta la otra, imagino...

—Eres un diablo tentador musitó ella, entreabriendo sus carnosos labios en una perezosa y turbadora sonrisa. Sus ojos claros brillaron excitados, y se pegó más aún al atlético cuerpo de su compañero. —Pero te adoro, Duke...

Duke Yordan se inclinó sobre ella. Besó su boca. Los labios se aplastaron entre sí, en ardoroso contacto. La carne desnuda de ella vibró. Los cuerpos se adherían más y más por momentos.

En ese preciso instante, se escuchó un zumbido dentro de la cabina central del yate. La tensión ardiente del mutuo deseo se quebró como un vidrio frágil. Ella lanzó un suspiro, relajándose de nuevo. Yordan juró entre dientes, al despegar su boca de la de ella y separar sus manos viriles de los redondos y duros pechos femeninos, majestuosamente proyectados hacia el sol y el azul del cielo sin nubes.

—Otra vez esa maldita emisora... —murmuró Yordan, malhumorado. Cambió una mirada de pesar con ella—. La próxima vez viajaremos sin ella, palabra.

—Siempre dices lo mismo —se lamentó su compañera, defraudada, despezándose como una gatita insatisfecha, con lo que sus senos se elevaron todavía más, como dos soberbias esferas doradas, pujantes y firmes—. Pero lo cierto es que no puedes vivir sin estar en contacto con los demás.

El no dijo nada, encaminándose a la cabina de radio, situada cerca de las dos cabinas—dormitorio, los aseos y el salón-comedor-cocina que formaban las dependencias del pequeño y hermoso yate que ahora surcaba las aguas del Mar de China, entre las Filipinas y Malasia.

Conectó la emisora, y dejó de sonar la señal de llamada.

—Aquí Albatros Doce, recibiendo llamada —habló—. ¿Quién está ahí? Albatros Doce contestando. Cambio.

La respuesta fue concreta y rápida:

—Albatros Doce, escuche. Aquí Potomac X-32.

—Albatros Doce a la escucha. Habla, Potomac X-32 —sonrió Yordan—. ¿Qué ocurre por ahí, viejo amigo?

—Perdona que llame de nuevo y te moleste, Duke —sonó la voz del otro extremo de las ondas, débil y distante, pero nítida gracias al excelente equipo de que disponía Yordan—. Se refiere al mismo asunto de que hablamos, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo muy bien: Midas y la alquimia, ¿no? —expuso con cautela Yordan.

—Eso es. A algunos les pareció un disparate. Como a la CIA, por ejemplo.

—Normal —rió Yordan—. Siempre dije que la CIA carece de imaginación. ¿Qué más sucede, Kelly?

—El Tesoro, en cambio, lo ha encontrado aplastantemente lógico. Y se han asustado.

—Normal también. Al tío Sam le podría salir un grave competidor en finanzas, si lo que te he dicho fuera cierto.

—No bromeas, por el amor de Dios. Es un asunto demasiado grave para tomarlo a risa. No sólo los Estados Unidos, sino muchos otros países del mundo verían hundirse su moneda y su economía si el patrón oro se fuese el gareté.

—La verdad, aunque tenga la suerte o la desgracia de ser millonario, mi querido Kelly, entiendo poco de finanzas —bromeó Yordan—. ¿Tan grave sería la cosa?

—Por Dios, y tanto. Imagina, si alguien pudiera fabricar... —La voz se contuvo para no repetir la palabra «oro». Más cautamente, prosiguió—: Duke, tú me dijiste en una ocasión que tenías medios personales, muy especiales, de averiguar ciertas cosas que ni siquiera los organismos oficiales de investigación de los Gobiernos eran capaces de conocer, gracias a una serie de contactos y amistades en diversos lugares del mundo y tu relación con determinados organismos de los que no querías hablar...

—Y es cierto —admitió Yordan, ahora también él usando toda su cautela para no arriesgarse en nada concreto—. ¿Por qué

comentas eso?

—Duke, quisiera que nos echaras una mano en esto. Hasta ahora, a nadie se le ha ocurrido la aparentemente descabellada idea de que el oro que invade los mercados desde hace unas semanas, pueda ser oro artificial, fabricado por alguien... Si es así, sus diferencias con el auténtico son totalmente nulas, no existen. Lo hemos comprobado a través de una serie de análisis. Es preciso dar con quienes puedan poseer tal facultad, si es que existen. O salir de dudas de una vez por todas. ¿Crees que podrías intentar aclarar algo en ese sentido?

—Podría intentarlo, la verdad. Pero mis amigos, contactos y enlaces no trabajan nunca por amor al arte. Y son bastante careros en sus servicios.

—Entiendo. Por eso no hay que preocuparse. Dime una suma a cambio de esos servicios tuyos y de tus amigos.

—Pongamos para empezar... quinientos mil dólares.

—¡Quinientos mil! —repitió Kelly, el federal, con un resoplido que casi hizo vibrar la emisora, ante la sonrisa de Yordan—. ¿No te pasas un poco, Duke?

—Yo, no. Mis gastos y los de esa gente serán cuantiosos si quieres informes rápidos. Te garantizo que si existe tal piedra filosofal, lo sabremos. Y quizás, incluso, si el tío Sam se siente algo más generoso, lleguemos al fondo de la cuestión. Si no es así, al menos podremos decirte quiénes están inundando los mercados con esepreciado metal. Medio millón por un servicio así, creo que vale la pena. Piénsalo, de todos modos, y ya me darás una respuesta.

—¡No, espera! —clamó angustiado su interlocutor—. Está bien, acepto. Me han dado carta blanca en el asunto, de modo que supongo que valdrá la pena. Si le ganamos por la mano a la CIA en esto, van a sufrir un rudo golpe esos fatuos presuntuosos.

—Entiendo —rió Duke Yordan—. La eterna rivalidad. Muy bien, ¿cuándo empezamos?

—Cuando tú quieras, Duke. A ser posible, hoy. Hoy mismo, si pudiera ser.

—Si hoy mismo me confirman que ha depositado el Gobierno de los Estados Unidos la suma de quinientos mil dólares en la cuenta corriente a mi nombre cuyos datos te referiré a continuación, hoy mismo comenzaré. Pero quede bien claro que, mientras ese dinero

no esté en mi cuenta, no habrá nada de nada. No me fío ni del Tío Sam en asuntos de dinero.

—Descuida, así será. Ahora empiezo a entender cómo has llegado a millonario... ¿me tendrás al corriente, Duke?

—Por supuesto. Confía en mí ciegamente. Cambio y cierro.

Regresó, pensativo, a la cubierta. Se sentó junto a la hermosa rubia que tomaba el sol. Ella le alargó los brazos para reanudar lo interrumpido. Pero esta vez, Duke la apartó suavemente, negando con la cabeza. Ella se mostró defraudada.

—¿Qué ocurre ahora? —se quejó.

—Lo siento. Tengo negocios importantes que hacer. Ve abajo y prepara el almuerzo, querida. Mientras, yo debo comunicar por radio con varios amigos situados en lugares muy distantes del mundo...

—¡Negocios! —Se irritó ella, recuperando la pieza superior de su bikini, y cubriéndose con ella sus enhiestos pechos, antes de partir, enfurruñada, hacia el interior del yate.

Con una sonrisa. Duke Yordan la siguió poco después, encerrándose en su cabina de radio durante casi una hora.

CAPÍTULO III

Era un hombre gordo. Tremenda, increíblemente gordo.

Apenas si le era posible moverse. Y cuando lo hacía, debía de ser gracias a una silla como la que ocupaba casi sempiternamente: dotada de ruedas fáciles de manipular mediante un sistema de teclado en sus brazos, donde se alineaban botones de diferente color para freno, marcha, aceleración, movimiento adelante, atrás o giratorio. Y algún que otro botón de ignorada utilidad incluso para sus más íntimos colaboradores.

Se le conocía por muchos nombres en ciertos ambientes internacionales. Desde quien, con humorismo típicamente anglosajón le había calificado como The Chair^[1], hasta el más zafio y vulgar de Fat Man o simplemente el Gordo en lenguaje latino^[2]. Su peso podía calcularse aproximadamente en las cuatrocientas cincuenta libras, si no las pasaba^[3]. Todo ese enorme volumen, al corresponder a un hombre fofo, seboso, de carnes blandas y gelatinosas, aún incrementaba su apariencia, dando la impresión de una gigantesca bola de sebo afincada entre la estructura rígida, metalizada, de su inseparable silla de ruedas.

Aquel personaje casi grotesco, pero en cierto modo siniestro, de rostro redondo y blando, de ojos porcinos, barbita rala y ridícula sobre sus tres o cuatro enormes papadas, casi siempre inmerso en las arrugas de un traje gigantesco, mal cortado y de pésimo gusto, con estridentes corbatas de mil colores colgando bajo sus mofletes y papadas como una inverosímil lengua policromada, era ni más ni menos que «el amo»; O «el patrón», como otros le decían.

Y los que le decían eso nunca eran gente vulgar ni fácilmente respetuosa con los demás. Simplemente, «la Silla», «el Hombre Gordo» o como quisieran apodarle, era el cerebro de la Sociedad.

Y la Sociedad era algo muy temido en numerosas partes del mundo, como podía serlo en tiempos la Omertá en Sicilia, la Mano Negra en la incipiente América del progreso industrial de finales de siglo, o el moderno e intangible Sindicato de tanto arraigo en lugares como las Vegas, Nueva York, Chicago y los países de extrema debilidad democrática en Europa.

La Sociedad era temida y respetada, odiada y denostada, perseguida y rara vez vencida. Muy rara vez. Ésta era una de esas contadas ocasiones. Por ello mismo, el Hombre Gordo estaba furioso. Y cuando Axel Waxman, nombre auténtico del «gordo» de la silla de ruedas estaba furioso, el mundo entero podía temblar con algo muy parecido a un movimiento sísmico.

—De modo que se terminó el negocio —jadeaba en esos momentos, con sus manos acolchadas, como almohadillas fofas, sobre los brazos de su silla—. ¡Ya no hay oro!

—Me temo que no, patrón —dijo temerosamente uno de sus esbirros, mirándole preocupado—. Rosenthal ha muerto, lo mismo que Adonis. Con ellos se perdió la fórmula. Siempre hubiera sido mejor fabricar aquí el oro, patrón.

—Maldita sea, ya lo sé. Pero era necesario trabajar deprisa. Las personas que poseían esa fórmula no son tontos. Y lo han demostrado con rapidez. Ellos han eliminado a nuestros hombres en San Francisco, no hay duda. Además de eso, se han llevado la fórmula. Hablamos prometido cien mil millones de dólares en lingotes a ese Gobierno que nos pidió reservas de oro a buen precio para resarcirse de sus pérdidas de reservas. Y ya estaba cerrando el acuerdo, por la suma de cinco mil millones. Para nosotros era un negocio redondo, y para ellos su salvación monetaria a un precio veinte veces inferior a lo previsto... y sin pagar interés alguno a nadie. Dije a Rosenthal que no se fiara. Me prometió que no lo haría y que enviaría la fórmula aquí a la primera oportunidad. Ahora, lo hemos perdido todo...

Y empezó a hacer girar alocadamente su silla de ruedas, como si ese frenesí en dar vueltas y vueltas sobre sí mismo pudiera calmar sus excitados nervios.

De los cuatro hombres que le rodeaban, pocos le conocían mejor que su interlocutor, y a la vez hombre de confianza, Marius Lukas. Éste permaneció callado unos momentos, fumando impassible su

delgado cigarrillo de papel oscuro con boquilla dorada, mientras reflexionaba con los claros ojos muy fijos en la faz grasienta de su jefe.

Esperó a que la rueda dejara de rodar, chirriando desagradablemente a pesar de sus bien engrasados mecanismos, para insinuar con calma:

—De todos modos, Rosenthal no era ningún tonto. Estoy seguro de que hizo alguna copia de esa fórmula, y ahora debe hallarse oculta en alguna parte. Su repentina muerte impidió que pudiera informarnos adecuadamente de ello.

La fofa cara grande y redonda reflejó un repentino interés esperanzado. Los pequeños ojos oscuros y fríos se movieron entre los pliegues de sus adiposos párpados, para estudiar a su subordinado atentamente.

—¿Tú crees? —dudó—. ¿Será posible que exista una copia de la fórmula en alguna parte?

—Estoy convencido de ello. Rosenthal no hubiera cometido el error de robar esa fórmula y no hacerse copia de ella. No encaja en su modo de ser, sinceramente.

—Será como buscar una aguja en un pajar. Lukas.

—Posiblemente. Pero la aguja existe. Y eso es lo que importa.

—¿No sería mejor intentar robársela de nuevo a la Reina Midas?

—Eso no resultaría —rechazó vivamente Marius Lukas—. Rosenthal tuvo un éxito casual, oportunista, diría yo. Y se creyó demasiado su valía. Estamos seguros, por los escasos datos que poseemos sobre esa mujer, que la Reina Midas es una persona sumamente inteligente y calculadora, con una perfecta organización en torno suyo, sostenida por su enorme fortuna personal, que la ha permitido llegar a ser la primera persona en el mundo capaz de *fabricar* oro. Hubo un traidor en sus filas, y Rosenthal se aprovechó de ello, matando a varias de los leales colaboradores de esa mujer, y apoderándose de la fórmula prodigiosa y de varias muestras del oro conseguido en sus laboratorios. Pero ahí acabó todo. Ella acaba de darnos la más clara prueba de su poderío. Ha exterminado a nuestra gente en San Francisco, ha recuperado su fórmula y ha dado un ejemplo a muchas organizaciones delictivas del mundo, de que ella jamás perdona ni se da por vencida.

—¡Maldición! —rugió el enorme individuo comenzando de

nuevo a dar vueltas y vueltas sobre su silla, rabiosamente—. ¡Deseo que esa mujer sea aplastada, triturada de una vez por todas, con toda su maldita organización!

—Eso es fácil de decir, patrón —suspiró Marius Lukas—. Y muy difícil de conseguir. Por ahora, ella es la más fuerte, de eso no hay duda. Ignoramos quién es, dónde está y cuál es su organización real. Ahora dudo mucho que vuelva a haber otro traidor dispuesto a venderla. Las últimas noticias que recibí es que quien la vendió a nuestro hombre en San Francisco, apareció no hace mucho, horriblemente torturado, en las aguas de la bahía. Llevaba muerto varios días. Y llevaba impresa una letra en su pecho quemado y ensangrentado. Una letra M que se había incrustado en la piel con oro fundido... El pobre diablo debió de sufrir mucho antes de morir. Ahora, nadie se atreverá a traicionar de nuevo a semejante patrona, estoy seguro. Esas noticias corren siempre como reguero de pólvora por el mundillo del hampa, no sólo de los Estados Unidos, sino de todo el mundo. Recuerde, patrón, que ni siquiera podemos estar seguros de que la Reina Midas sea norteamericana o resida en territorio de la Unión. Aunque parece evidente que sí estuvo en San Francisco durante los días en que la fórmula preciosa fue robada por los hombres de nuestro agente Rosenthal.

—¿El traidor tampoco informó de la identidad de su patrona?

—Ni él mismo la conocía. Juró que siempre la había visto con una malla de oro ciñendo su cuerpo, y una máscara del mismo metal, de rasgos orientales, sobre su rostro. Aseguró que parecía hermosa por su espléndida figura, pero nada más. La voz, al brotar tras la máscara, se desfiguraba lo suficiente como para ni siquiera estar seguro de que era una voz de mujer. Pero eso sí, el cuerpo era bien femenino... y bien formado, según el que la traicionó.

—Podría tratarse también de un caso de travestismo —sugirió astutamente el hombre gordo.

—Quizás —se encogió de hombros Lukas—. Cuando me nos, es una mujer alta según esa descripción. Pero lo importante es quien esté detrás la máscara de oro. Evidentemente, esa mujer es una obsesa de ese metal, y ha llegado al límite posible, gracias a su obsesión: conseguir, ni más ni menos, que la auténtica «piedra filosofal» con la que soñaron los antiguos.

—¡Y pensar que la tuvimos en las manos, que fue nuestra por

unos días! Si ese loco de Rosenthal no hubiera insistido en fabricar de inmediato oro sin descanso...

—Personalmente, señor, pienso que Rosenthal pensaba, a su vez, traicionarnos a nosotros y convertirse en el nuevo jefe de la Sociedad, gracias al poder de su oro artificial. Ese sueño se acabó con su vida, cuando la Reina Midas dio con él y con su gente en aquel almacén portuario que les servía de madriguera en San Francisco.

—De todos modos, algo es seguro: esa mujer tuvo que estar obligatoriamente en San Francisco durante los días en que fue traicionada. Y tal vez también cuando hizo asesinar a Rosenthal, Adonis y los demás. ¿Tan difícil es saber qué mujeres ricas, hermosas, capaces de sostener una organización así, pudieron estar en esas fechas en San Francisco de California o en sus vecindades?

—No, señor, no es tan difícil —suspiró Lukas, moviendo la cabeza—. Pero no confíe demasiado en esa posibilidad.

—¿Por qué no? —quiso saber Axel Waxman, sorprendido, mirando a su subordinado.

—Porque en estas últimas fechas, señor, precisamente la ciudad de San Francisco ha sido centro de convención de una entidad sumamente curiosa: la Asociación Mundial del Poder Femenino.

—¿Y eso qué diablos es?

—Una especie de agrupación o sindicato internacional en el que todas las mujeres ricas, dirigentes de industrias y empresas, financieras y grandes magnates de entidades de todo tipo están inscritas como miembros activos. La convención reunía, ni más ni menos, que a dos centenares de esas privilegiadas damas que rigen los destinos de empresas multimillonarias y de grandes industrias y sociedades mercantiles de todo el mundo occidental e incluso oriental. Doscientas sospechosas, señor, de ser cualquiera de ellas nuestra escurridiza y cruel Reina Midas...

* * *

—¡Doscientas mujeres! Es como para volverse loco... ¿Quién busca entre tanta sospechosa una sola posibilidad? Brian Barnes sonrió al oír hablar a su amigo de ese modo. Movié la cabeza, mientras conducía el helicóptero sobre las islas Filipinas, rumbo a

Manila, su capital. Bajo las hélices ronroneantes de su vehículo aéreo, el cuerpo metálico se movía velozmente, sobrevolando arrecifes, corales y aguas azules transparentes, sobre las cuales se movían de forma perezosa algunos *sampanes* y juncos, en las zonas pesqueras del litoral filipino. Más lejos, algunos balandros participaban en una regata deportiva, y un lejano yate surcaba el azul dejando tras de sí una estela blanca de espuma, mientras en la costa se practicaba el *surf* o rugían las motoras compitiendo en velocidad como simple medio de regreso.

—Bueno, cálmate —dijo, evolucionando el liviano vehículo para adentrarse hacia la isla de Luzón describiendo un amplio semicírculo sobre otras islas—. Eso es en principio, naturalmente. Doscientos miembros de la Asociación Mundial del Poder Femenino se reunieron en San Francisco para discutir sus asuntos mercantiles y financieros, en una especie de pulso frente al machismo de los grandes magnates del sexo opuesto.

—¿Son feministas?

—La mayoría de ellas, Duke —convino Barnes con un suspiro—. Ya sabes cómo están las cosas en el mundo hoy en día. Quieren ser más que nosotros. Y quizás lo consigan. De momento, ya han conseguido ser millonarias y poderosas. Al menos, doscientas de ellas. No creo que haya tantas que puedan conducir un camión o bajar a una mina, salvo en los países del Este.

—Bueno, deja eso. Hablemos de la convención femenina de San Francisco —le cortó Duke Yordan—. Dijiste que eso era sólo en principio. ¿Qué quisiste dar a entender con eso?

—Bueno, que podemos descartar a un puñado de ellas como simples aspirantes a esa misteriosa Reina Midas que andas buscando.

—Aclara la cuestión, ¿quieres?

—Es muy simple. Más de cien de esas damas sobrepasan los cincuenta años.

—¿Y qué?

—Verás, Duke, Ya sabes que me relaciono con muchos hampones y delincuentes del mundo entero. Mis referencias sobre ciertos temas van, pues, más allá de lo que te puedan referir oficialmente tus influyentes amigos del FBI, la CIA y todo eso. He oído algunas cosas inéditas sobre una mujer conocida con ese

mismo nombre de Reina Midas en los bajos fondos internacionales.

—¿Qué clase de cosas, exactamente?

—Recientemente, un tal Max Carrigan apareció muerto en la bahía de San Francisco. Le habían torturado horriblemente antes de morir. Y grabaron en su pecho, con oro derretido, candente, una letra M muy clara. La policía no tiene ni la más remota idea sobre ese crimen, que atribuyen a un posible ritual. Y nada más lejos de la realidad. Cualquiera bribón del hampa de Frisco te puede decir que esa letra M en oro es la firma de una mujer temible y temida, la Reina Midas.

—Sigue. Eso empieza a cobrar forma.

—Vaya si tiene forma. El tal Carrigan era un miembro de la organización secreta de esa mujer. La traicionó, entregando algo a una mafia internacional delictiva, de la que era miembro destacado Philip Rosenthal, así como su esbirro Renzo Adonis, asesinado con él. Evidentemente, ella lo supo y le castigó adecuadamente.

—Eso no parece tener mucha relación con la edad de las mujeres reunidas en la convención femenina...

—Espera y lo verás. El tal Carrigan se fue de la lengua ante algunos compinches, hampones como él. Trabajaba, según decía, para una hermosa mujer, tan poderosa como despiadada, que se ocultaba tras una máscara de oro y vestía una malla de tejido dorado que revelaba la hermosura, juventud y atractivo físico de su cuerpo. Pero nada sabía sobre su auténtico rostro y su identidad. Según él, una sola idea en este mundo obsesionaba a esa mujer. ¿Imaginas cuál?

—El oro.

—Eso es: el oro. Hasta el punto de dedicar toda su vida a poseer más oro que nadie en este mundo.

—Y según tú, esa mujer no puede ser mayor de cincuenta años, con un cuerpo semejante.

—Exacto. Sospecho que más bien estamos ante una mujer joven. Y con un espléndido cuerpo, sea como sea su rostro.

—¿Y eso adónde nos conduciría?

—A lo que dije antes: a reducir posibilidades. Descartemos, conforme a la edad, a unas ciento diez mujeres. Nos quedan noventa. De ellas, sólo treinta están entre los veinticinco y los treinta y cinco años, edad ideal, a mi modo, para calificarlas como

aspirantes a esa personalidad fascinante de Reina Midas.

—Siguen siendo demasiadas.

—Aguarda un poco. De esas treinta, podríamos descartar a bastantes, porque ni tienen hermoso cuerpo, ni las imagina uno en una malla dorada, a menos que fuesen masoquistas y quisieran mostrar públicamente su defectuosa anatomía.

—Muy bien. ¿Cuántas hay, a tu juicio, en ese descarte?

—Pongamos unas quince. Eso reduce justo a la mitad, otras quince, las posibilidades matemáticas.

—Es una cifra algo más asequible para una investigación.

—Pero aún hay más. De esas quince, seis son casadas y dirigen sus negocios en estrecha colaboración con sus maridos en todo momento. La mujer capaz de llevar una doble vida difícilmente podría compartirla con su marido y sus hijos, que en el caso de cuatro de ellas son incluso numerosos.

—Quedan nueve —rió entre dientes Yordan—. Esto me recuerda el cuento de los diez negritos^[4].

—Pues todavía son muchas, Duke. He hecho un análisis más profundo de las nueve mujeres jóvenes, bien formadas y sumamente ricas, capaces de disponer libremente de su tiempo durante todo el día.

—Estoy esperando esa nueva eliminación.

—Es muy simple. Dos de ellas aborrecen las joyas. No suelen llevar ni un mal anillo o pendientes. De las siete restantes, tres son absolutamente normales: les encantan las joyas, son frívolas y coquetas y visten muy bien. Pero eso entra dentro de la normalidad de cualquier mujer. No veo en todo ello nada particularmente raro, que nos haga imaginar que una de ellas puede ser la que buscas.

—Y quedan cuatro.

—Exacto. Cuatro que son auténticas fanáticas de joyas, metales preciosos, gemas y todo eso. Pero aún podemos reducir más la lista.

—¿Más aún? —se extrañó Duke, mientras el helicóptero sobrevolaba ya la ciudad de Manila—. ¿En qué te basas ahora para eso?

—En que una de esas tres mujeres adora un solo metal: el platino. Todo lo lleva de ese material precioso. Ni un átomo de oro hay en su cuerpo. En cambio las otras tres...

—Sigue. ¿Qué hay con ellas? ¿Ninguna posibilidad de descarte

ya?

—Ninguna, Duke. Yo diría que las tres encajan perfectamente en tus sospechas. Cualquiera de ellas podría ser la mismísima Reina Midas. Tienen un factor común entre sí; aman el oro por encima de todo.

—¿Quiénes son ellas?

—Tienes sus nombres y datos en ese papel que asoma del bolsillo de mi cazadora —indicó señalando la prenda junto a él, en el asiento.

Duke Yordan tomó el documento desdoblándolo. En él, su amigo Barnes había descrito minuciosamente tres nombres y tres personalidades de mujer que parecían venir como anillo al dedo a lo que él estaba buscando:

HARMONY GOLD. —Inglesa. Propietaria de las Industrias Gold, de alta cosmética, joyería y moda de alta costura, con centros comerciales en Londres, París, Roma y Madrid. Veintiocho años. Bellísima. Rubia platino, natural. Fanatismo por el oro, cuyo nombre llevan ella misma y sus empresas^[5]. Viste preferentemente en tonos dorados y un óvalo de oro con un águila es el distintivo de su firma comercial.

VELDA LEROY. —Francesa, aunque nacionalizada norteamericana. Poseedora de una gran cadena internacional de hoteles y restaurantes, bajo el emblema multinacional de la Le Roy Incorporated. Coleccionista de oro, se dice que posee un museo propio de valor incalculable, con piezas de oro desde la antigüedad egipcia y persa hasta nuestros días. Treinta años. Muy bella.

MORGANA KILLIAN. —Fascinante mujer de treinta y un años. Ex modelo y mujer de extrema cultura y sensibilidad. Nacionalidad algo oscura, aunque su pasaporte sea canadiense y viva en Tokio y París indistintamente. Viuda del magnate Milton Killian, fallecido hace cinco años en accidente aéreo, posee

una fortuna inmensa, una gran flota naviera y pesquera, industrias conserveras y congeladores, con factorías en Escocia y países nórdicos europeos, así como en el norte de Canadá. Morena, sensual, provocativa. Su amor al oro es tal, que no utiliza más joyas que las de ese metal, detesta el oro y la plata, así como las piedras preciosas, y en su finca fastuosa de Tokio se ha hecho construir fontanería y adornos de oro puro que también exhibe en su famoso yate, digno de una leyenda oriental, llamado precisamente *Gold Dream*^[6].

—En efecto —asintió, dejando el documento a un lado, tras examinar las tres fotografías que adjuntaba Barnes a su informe, enganchadas con un labial metálico, y que mostraba a tres auténticas bellezas fuera de lo común—. Tres sospechosas ideales. Cualquiera de ellas podría ser la que buscamos.

—Como ves, hemos reducido considerablemente el número de aspirantes al título de Reina Midas —sonrió a su vez Barnes, empezando a descender del helicóptero sobre el aeropuerto filipino suavemente.

—Si —admitió Duke—. Ahora, lo importante es saber cuál de las tres es, realmente, la que busco. Quién es, en concreto, esa extraña y peligrosa mujer capaz de poseer en estos momentos, tal vez, nada menos que la piedra filosofal que podría darle a cualquiera el dominio del mundo...

CAPÍTULO IV

La noche irradiaba luz en torno al edificio protegido por un cordón policial, y ante el que un grupo de muchachos se manifestaba, exhibiendo pancartas contra el feminismo, en medio de estridentes silbidos y protestas de otros grupos de mujeres, que a su vez enarbolaban otros carteles vitoreando a las mujeres reunidas dentro del recinto, con voces estentóreas que retumbaban en la calle de forma desafiante:

—¡Mujeres al poder! ¡Abajo el machismo! ¡Demostradles a esos tipos que somos las mejores... y que podemos ser también las más ricas!

—¡Estúpidas! —bramaban los hombres, enfrentándose a ellas—. ¡Esas fulanas de ahí dentro no tienen más lema que el dinero y los millones! ¡A ellas les importa un cuerno vuestro feminismo y nuestro pretendido machismo!

Los agentes de la policía metropolitana de San Francisco, precavidamente, habían tendido dos cordones de seguridad entre ambos bandos, para evitar problemas.

—Lo que nos faltaba —se quejaba amargamente un fornido sargento, a la puerta del recinto elegido para la convención femenina de las grandes millonarias—. Por si no hubiera bastantes problemas con las reuniones de grandes financieros y los movimientos radicales de los más necesitados, ahora vienen las mujeres a empeorar las cosas.

—Cómo se ve que no eres casado —comentó un compañero, mirando ceñudo a ambos grupos enfrentándose—. Esto me sucede a mí desde que tuve la mala idea de casarme...

Anécdotas aparte, lo cierto es que había expectación hacia las personas reunidas dentro de aquel edificio, y no toda ella provocada

por enfrentamientos más o menos agresivos. Después de todo, las doscientas mujeres más ricas del mundo estaban ahora allí dentro, como símbolo de que el poder del dinero no sólo estaba en manos de los hombres en la época actual. Pero también había que pensar en posibles actos de terrorismo, como secuestros, violencias y cosas así, dirigidas contra la élite femenina de la riqueza mundial. Y la policía acordonaba el lugar masivamente, en impedimento de situaciones alarmantes.

—Ya lo ves —comentó con ironía Barnes—. Esa fortaleza acoge en estos momentos a un grupo de personas capaces de mover el mundo a su antojo, pese a sus faldas y sus sonrisas delicadas...

—Eso no me preocupa demasiado —suspiró Yordan—. Lo que me pregunto es si una de ellas, cuando menos, puede ser quien un día decida empuñar el timón de este desdichado mundo nuestro a la deriva... Vamos allá, Brian. Intentaré utilizar mis influencias para entrar en ese edificio.

—¿Crees que lo conseguirás?

—No lo sé. Te dije que iba a intentarlo, no a conseguirlo. Pero antes, espera unos momentos. Creo que será prudente hacer algunos cambios en mi aspecto...

Y antes de bajar del automóvil aparcado en una manzana inmediata a la zona que acordonaban los agentes de la policía local, se inclinó, abriendo la guantera. De ella extrajo una serie de objetos envueltos en una bolsa de plástico: unas piezas de goma, que encajó bajo sus mejillas, dentro de la boca, una peluca de suave cabello natural, que se ajustó perfectamente a su cabeza, sustituyendo sus cabellos oscuros y rebeldes por una cabellera más clara, totalmente salpicada de canas. Una nariz postiza, modelada en materia plástica indeformable al calor, se aplicó a la suya propia como un corvo pico de águila, y unas gafas de gruesos vidrios aparentes, en realidad con visual normal aunque deformaban el tamaño y forma de sus ojos para los demás, montados sobre gruesa concha, desfiguraron en pocos instantes su apariencia de modo sorprendente, restando cualquier semejanza posible con el auténtico Duke Yordan. Barnes rió, meneando la cabeza.

—Eres increíble —comentó—. Hasta yo mismo dudaría de eres tú.

—Eso es lo que se trata de conseguir. Oficialmente, Duke Yordan

no va a entrar ahí para nada. Veremos ahora si eso tiene validez.

Y rebuscando en su bolsillo, eligió una tarjeta de identidad a nombre de un tal Guy Davis, como miembro de la Junta Consistorial de la Ciudad de San Francisco. Barnes soltó una carcajada.

—Seguro que te dejan entrar con eso —admitió—. Los agentes de la policía metropolitana suelen ser muy respetuosos con los altos cargos del municipio.

Barnes tuvo razón. El transformado Duke Yordan penetró sin dificultades en el recinto acordonado, apenas exhibió su credencial a un par de agentes y a un sargento. Le saludaron respetuosamente, y penetró en el local, fastuosamente iluminado y adornado, para recibir a las mujeres más ricas del mundo. Una mujer joven, con gafas de montura metálica liviana, cabello castaño recogido en la nuca tirante, traje chaqueta y un bloc en las manos, con un lápiz o bolígrafo dorado, se acercó a él, presurosa, consultando una lista que llevaba consigo.

—Perdone, ¿puede darme su nombre? —solicitó, cortés pero firme.

—Por supuesto, señorita. Guy Davis. Pero no creo que figure en su lista de invitados.

—En ese caso, lamentándolo mucho, debo rogarle que abandone el recinto —se expresó ella, con educada contundencia—. Este lugar está estrictamente reservado para los invitados varones que figuran en mi lista, y nada más. Son las normas de la Asociación, señor Davis, lo siento.

—Bueno, lo cierto es que pertenezco al Ayuntamiento de la ciudad —explicó Duke, mostrando su credencial—. Departamento de Relaciones Públicas, Congresos y Fiestas Sociales.

—Oh, le ruego me perdone —ella cambió rápidamente, bajando su bloc—. No podía saber que era una autoridad oficial. Puede entrar, en tal caso. La señora Kayoakis es la Presidente en funciones de la Asociación, y puede atenderle personalmente en cuanto desee.

—Muy amable, señorita —sonrió Yordan, inclinándose ante la joven—. ¿Puede darme su nombre? Me sentiré muy complacido de hablar de su eficiencia al señor alcalde a nuestros concejales.

—Oh, por Dios, no tiene importancia —se ruborizó ella—. Pero si desea saberlo, soy Jennifer Harris, del Departamento de

Relaciones Públicas de la Asociación en los Estados Unidos. Resido habitualmente en Nueva York, en nuestra sede central americana, no en San Francisco, donde sólo estoy provisionalmente para ocuparme de los detalles de la convención, señor Davis. Créame que no hago mérito alguno para que usted y sus compañeros de consistorio me tomen en cuenta.

—Eso no lo sé. Pero es una joven muy bonita y atractiva, además de elegante. Y eso ya es algo a tener muy en cuenta en una mujer que trabaja para una asociación de millonarias.

—No crea, hay algunas mujeres jóvenes y hermosas entre esas millonarias, no todas son ancianas y achacosas —rió de buen humor la joven, algo ruborosa por el elogio recibido—. Puede pasar, señor Davis. Encontrará a la señorita Kayoakis y a las demás en la sala principal, atendiendo a la Prensa, antes de grabar un video para la NBC. Después pasarán a la sala de juntas, antes de cenar. Como ve, un programa muy apretado.

—Ciertamente —asintió Duke. Se inclinó ante la joven caballerosamente—. Repito que ha sido un placer conocerla, señorita Harris. No la olvidaré, esté segura.

Y siguió adelante, en busca de lo que había ido allí a encontrar.

* * *

La conferencia de Prensa acababa de terminar. Docenas de reporteros pasaron a su lado, camino del exterior. Un equipo de televisión montaba focos y disponía cámaras portátiles para grabar el video anunciado. Ante ellos, una larga mesa acogía a una asamblea representativa de las mujeres más ricas del mundo. Duke contó un total de veinte mujeres en la mesa, la mayoría de ellas de avanzada edad y cargadas de costosas joyas que relampagueaban bajo las luces de forma cegadora. Varios agentes armados montaban guardia en puntos estratégicos, para prevenir cualquier intento de robo. Ojos electrónicos y detectores eran visibles por doquier.

Duke se mezcló entre los demás asistentes, entre los que abundaban las mujeres formando corros, todas ellas elegantemente vestidas, con el sello innegable de su riqueza personal en modelos de alta costura, joyas y tocados. El champaña corría abundantemente de un lado a otro, servido por una media docena

de camareros uniformados.

Duke se abrió paso entre toda aquella gente, contemplando de soslayo los pendientes, pulseras y collares más costosos del mundo, en una exhibición pasmosa de lujo y riqueza. Pensó que sería la ocasión soñada para cualquier ladrón de guante blanco. Y lamentó no ser uno de ellos. Siempre había odiado la ostentación.

Tomó una copa de champaña. Estudió a cuantas mujeres le rodeaban. Una, en particular, atrajo de inmediato su atención. Era alta, muy alta, esbelta pero dotada de unos senos espléndidos, que su vestido de cóctel, muy descotado, exhibían en gran parte en toda su magnitud, largas piernas, y unos muslos que, por la abertura lateral de su larga falda, permitían adivinarse realmente esculturales. Todo eso, con ser notable de por sí, no era lo más llamativo de la dama, sino su hermosísimo rostro anguloso, de labios muy rojos, y un cabello rubio platino que centelleaba como hebras de metal precioso heridas por el fulgor de las lámparas.

Su vestido era negro y oro a franjas anchas. Y lucía una joya en su descote, una gruesa cadena de oro con un colgante oval, de oro también, en cuyo centro se dibujaba un águila.

Recordó de inmediato su identidad, por los informes recogidos por Brian Barnes al respecto: Harmony Gold, inglesa. Dueña de las Industrias Gold, de cosmética, alta costura y joyería. Veintiocho años. Y muy bella.

Barnes no había exagerado en sus informes. Todo eso y mucho más, correspondía a la hermosa dama. Se aproximó a ella, sin prisas. Estaba charlando con una dama de avanzada edad, cabello blanco y aspecto afable, de cuyo cuello pendían las esmeraldas más grandes que Duke viera jamás, cercadas de diamantes por doquier.

—Perdón —habló suavemente Duke, interponiéndose entre ambas mujeres—. ¿La señora Gold?

—Yo misma —ella le miró fríamente, por encima de su copa de champaña—. ¿Nos conocemos de algo, caballero?

—Me temo que no —sonrió Duke, que sabía que su actual aspecto era algo desagradable ahora—. Sin embargo, la buscaba a usted.

—Te dejo, querida —se apresuró a decir discretamente la dama de edad, iniciando la retirada.

—Oh, no, no, *lady Anne*, le aseguro que no conozco a este

caballero de nada y... —se interrumpió la rubia platino, porque su interlocutor, pese a sus palabras, ya había hecho mutis, y giró la mirada de unos fascinantes ojos verdes hacia Duke, con visible enfado—. Ha interrumpido mi conversación amistosa, caballero, cuando no le conozco de nada ni hemos sido presentados jamás. Perdone que me retire, no sin antes calificarle de entrometido e inoportuno.

—Muy cierto —asintió Duke suavemente, cuando ella también iniciaba su retirada—. Soy todo eso y más, señorita Gold. Pero creí que le gustaría hablar de oro.

Vaciló ella un instante. Luego se volvió a mirarle, arrugando deliciosamente su ceño con cierta perplejidad e interés.

—¿Oro? —repitió—. No le entiendo, señor...

—Davis. Guy Davis, del Ayuntamiento de San Francisco. Como a usted, me enloquece el oro, ese noble y maravilloso metal —sonrió—. Pero, naturalmente, no puedo permitirme el lujo de poseerlo como usted.

Y con un gesto ambiguo, señaló la cadena y dije ovalado de ella, así como su ancha pulsera de igual metal y sus pendientes imitando dos gruesas lágrimas doradas.

—¿Quién le ha dicho que el oro es mi debilidad? —indagó ella, cautelosa.

—Oh, lo sabe todo el mundo. Es usted una dama muy conocida y admirada en todas partes, incluida esta ciudad. Su marca de perfumes y alta costura aparece muchas veces en revistas como *Esquire* o *Vogue*, señorita Gold. Y a veces con su fotografía.

—Eso es cierto —suspiró ella, algo más suave—. Perdone que me comportara algo dura con usted, pero detesto a los entrometidos y curiosos. No podía saber que es un invitado, miembro del ayuntamiento local, señor Davis. ¿Qué quería decirme acerca del oro?

—Oh, no mucho, señorita Gold. Tal vez usted lo sepa ya, interesándole como le interesa el tema.

—¿Saber qué? —Enarcó la hermosa criatura sus finas cejas rubias sobre las pupilas color esmeralda.

—Bueno, tengo buena amistad con la policía local, naturalmente. Un pariente mío es funcionario de Homicidios. Y también tengo un par de amigos en el FBI.

—Temo no entender adónde va a parar con todo eso —volvió a mostrarse algo hostil, taconeando impaciente con uno de sus zapatos de oro hilado en el pavimento.

—Discúlpeme, soy muy torpe para exponer las cosas a veces. Iba a hablarle de una dama llamada Reina Midas.

Estaba vigilándola muy de cerca, sin perder detalle de su rostro, del más mínimo gesto, de sus músculos faciales más insignificantes.

Se llevó una decepción. No captó nada. Ni un parpadeo, ni una contracción. Nada. Ella se limitó a mirarle con su peculiar frialdad, encogió los desnudos hombros y murmuró, algo defraudado su tono.

—¿Quién es esa dama? ¿Alguna celebridad local, señor Davis?

—No, no —sonrió Duke, también impasible—. Es una asesina. Mata por oro, señorita Gold. Y tengo motivos para sospechar que está esta noche aquí...

—¿Aquí? —Los verdes ojos miraron en torno, calculadores. La noticia parecía dejarla totalmente fría—. No le entiendo. ¿Eso es un cuento de hadas o una novela barata, señor Davis?

—Ni una cosa ni otra, señorita Gold. Es una sórdida historia de sangre, muerte y codicia. Una mujer capaz de matar por oro, siempre es peligrosa. Creo que le ha salido una difícil competidora. Esa dama, como su nombre indica, convierte en oro todo lo que toca. Oro que no puede ser de nadie, sino solamente de ella. ¿Le interesaría poseer alguna pieza única de las que ella tendrá sin duda?

—Si existiera semejante personaje, sería interesante ofrecerle una suma tentadora por algo único en el mundo que ella poseyera. Pero me temo que su conversación me está aburriendo, pese a mi buena disposición por escucharle. Perdone, señor Davis. Tengo cosas mejores que hacer que hablar de mujeres que aman el oro.

Se alejó con dignidad ofendida, paso firme y cabeza altiva. Duke sonrió para sí. No había esperado otra reacción en la dama. Comenzó a mirar en torno, en busca de alguien más. Se aproximó a una dama enojada también ostentosamente, de cabello canoso y carnes abundantes, y se inclinó cortés, haciendo una pregunta:

—Disculpe, señora... Tengo un encargo para la señorita LeRoy, pero ignoro dónde hallarla...

—Oh, ¿de veras? —La mujer le miró, algo frustrada de no ser

ella la receptora de aquel mensaje. Estudió a su interlocutor y luego giró la cabeza hacia un punto del salón—. La tiene allí, caballero. Es aquella joven del vestido azul turquesa y el collar de oro y lapislázuli de aspecto egipcio. La que habla con esa otra joven morena... Es su amiga Morgana Killian. ¿Seguro que no tiene nada que decirme a mí, caballero? Mi nombre es Yvonne Morel y...

—Lo lamento, señora. Es sólo un encargo para la señorita LeRoy —se apresuró a replicar Duke, alejándose de la dama que pretendía acapararle como el náufrago que se aferra a una tabla de salvamento.

Se dijo que era muy afortunado. Iba a matar dos pájaros de un tiro: Velda LeRoy y Morgana Killian, las otras dos sospechosas. Debíó imaginar que había amistad entre ellas, como millonarias, mujeres de negocios, y con el común amor al oro. Pero Harmony, la belleza del pelo platino, no estaba precisamente cerca de ellas ahora, sino al lado opuesto del salón repleto de gente.

Se preguntó quién de las dos sería más bella, si la suave feminidad de Velda LeRoy, con su cabello dorado oscuro, sus ojos ambarinos y su piel alabastrina, o la morena y exótica belleza sensual de Morgana Killian, con su cabello peinado al estilo nipón, influencia sin duda de su residencia habitual en Tokio, tez bronceada, ojos rasgados, boca carnosa y formas provocativas bajo las sedas estampadas. Todas sus joyas eran de oro puro: ni una gema ni una nota de otro metal noble.

Charlaban animadamente entre sí, sin tomar champaña más que una de ellas, precisamente Velda LeRoy. Llegó a captar algunas palabras de una y otra, cuando estaba ya junto a ellas:

—Es una locura pagar medio millón por esa pieza, Velda —objetaba la morena y seductora Morgana—. ¿No hubieras podido obtenerla más barata?

—Imposible. Un museo iba a adquirirla en doscientos mil dólares. Era cuestión de ofrecer más para conseguir semejante estatuilla de la Tercera Dinastía. Creo que a ese museo le habrán colocado una copia del original —terminó Velda, riendo.

—Eres terrible. Siempre consigues las piezas que te propones. Tu colección es algo fantástico. Pensar que ese collar tuyo lo llevó Nefertiti...

—No te quejes tú. ¿Y las estatuas de oro del salón nuevo de tu

yate? Creo que son copias perfectas de los antiguos héroes griegos...

—Eso sí. Pero copias, a fin de cuentas —suspiró Morgana—. Aunque en oro macizo.

Decidió romper tan deslumbrante charla, siendo de nuevo inoportuno. Aproximándose a ambas mujeres, terció con voz suave y forzadamente amable:

—Perdonen, señoritas... ¿Alguna de ustedes es Velda Le Roy?

—Yo soy —la aludida frunció el ceño, molesta por la intrusión, y miró con ojos recelosos al recién llegado—. ¿Y usted quién es?

—Guy Davis, de Relaciones Públicas del Ayuntamiento de San Francisco. Quería hablarle de algo relacionado con el oro, señorita LeRoy.

—¿El oro? —preguntó ella, sorprendida.

—¿El oro? —repitió Morgana, curiosa e interesada.

—Eso es. Me han dicho que se interesa usted extraordinariamente por él...

—Sólo por piezas de museo, señor Davis —respondió ella, despectiva—. ¿Cree poseer algo digno de mi museo? Yo lo dudo mucho, créame.

—No importa. Hable de ello —terció Morgana—. Yo también me intereso en el tema.

—Perdona, pero el señor Davis vino a hablar *conmigo* —rectificó secamente Velda—. Cuando lo haya hecho, puedes preguntarle lo que gustes.

—Oh, no discutan las dos, se lo ruego —se apresuró a decir Duke volublemente—. Puede ser interesante para ambas, créanme. He obtenido una rica pieza de oro muy especial, cuyo valor desconozco. Me dijeron que viniese aquí a ofrecerla a Velda LeRoy. Y que si a ella no le interesaba, tal vez otra dama, llamada Reina Midas, se interesaría en ello.

—¿Quién ha dicho? —Esta vez, sí hubo reacción. Velda se acababa de sobresaltar con la pregunta—. ¿Quién es esa Reina Midas?

—No lo sé. Es lo que me dijeron, señorita LeRoy.

—¿Quién se lo dijo? —quiso saber Morgana, con voz fría y gesto adusto.

—Un amigo cuyo nombre no puedo revelar, señoritas —explicó Duke, con aspecto risueño—. Pero les aseguro que la pieza de oro

vale la pena... y que podría venderla a buen precio.

—Dígame, cuando menos, qué clase de pieza es —pidió Velda, tajante.

—Una máscara de oro puro. Dicen que es la copia exacta de la que lleva la Reina Midas. Alguien que pudo verla, ha hecho esa copia para venderla. Es pieza única.

—Sigo sin entender. ¿Qué clase de máscara es ésa y quién es la dichosa reina a quien se está refiriendo y de la que nunca oí hablar? —Se irritó Velda.

—Verá, señorita. Tuve un amigo llamado Rosenthal, del que ustedes quizás jamás oyeron hablar. Ahora está muerto, pero vivió un tiempo cuando le creían muerto, y pudo diseñar una curiosa máscara. La Reina Midas es una mujer diabólica, capaz de asesinar por el oro. Esa máscara ahora está en mi poder, modelada en oro puro. Tiene un buen precio.

—¿Cuánto? —Era Morgana la que pujaba.

Velda la miró, algo fría, sin replicar.

—Un millón de dólares —dijo apaciblemente Duke.

—¡Un millón! ¿Se ha vuelto loco? —protestó Morgana.

—Es una cifra exagerada para cualquier cosa en oro que no sea demasiado pesada —apoyó Velda, con expresión hostil—. ¿Por qué no la ofrece a otras personas?

—No sé. He pensado que ustedes podían ser las adecuadas. Lamento haberme equivocado —hizo una leve reverencia cortés—. Me voy si no les interesa...

—Espere —atajó Velda—. Déme tiempo para pensarlo y ver esa pieza. ¿Dónde puedo verle o llamarle mañana mismo, señor Davis? ¿En el ayuntamiento?

—No, no —sacó un par de tarjetas de visita que tendió a ambas mujeres—. Tomen esto. Es mi teléfono y dirección. Llámeme allí si deciden ver la máscara. Buenas noches, y gracias por todo, señoritas. Seguro que alguna de ustedes querrá comprar mi pieza de oro...

Sonrió enigmáticamente y se alejó de ellas con otra reverencia.

Una vez fuera de la sala, regresó presuroso al exterior. Se tropezó con la joven de las gafas en la entrada. Ella le miró, algo sorprendida.

—¿Ya se va? —se sorprendió—. Imaginé que se quedaría más

tiempo, señor Davis...

—No, no. Ya hablé con la señora Kayoakis y con otras damas muy atractivas y ricas. Creo que a alguna de ellas volveré a verla muy pronto, si no estoy equivocado. Gracias por todo, señorita Harris. Buenas noches.

Salió al exterior, abriéndose paso entre policías y curiosos, hasta llegar al coche donde le esperaba Barnes. Penetró en él, soltando un resoplido. Su amigo le miró, lleno de viva curiosidad.

—¿Y bien? —preguntó.

—Creo que ya he tendido tres cebos y tres anzuelos. Veremos si alguno de los peces pica... —sonrió Duke, despojándose rápidamente de todos sus postizos—. Vámonos ya, Brian. Esta noche haremos guardia en cierto lugar de esta ciudad, cuyas señas poseen dos jóvenes y hermosas coleccionistas de objetos de oro... Si una de ellas es la Reina Midas, tendré pronto una respuesta contundente, seguro.

—¿Y si no lo es?

—Habrá otra posibilidad: la de quien no tiene las señas todavía. Y entonces podré concentrarme en ella, porque nada sucedería en esa dirección adónde vamos.

Duke se equivocó en sus cálculos.

Porque, contra todo lo previsto, apenas se habían alejado cinco o seis manzanas del recinto donde se celebraba la convención femenina, cuando tuvo la respuesta mortífera y decidida de la Reina Midas.

CAPÍTULO V

Estaban descendiendo una empinada calle de la ciudad, hacia el sur, cuando ocurrió.

Repentinamente, una furgoneta apareció por su derecha. Y otra por su izquierda, en sentido opuesto. Ambas, para no chocar en apariencia, se pararon en seco ante ellos, bloqueando la calle por completo. A causa de la convención, la ausencia de agentes de tráfico en aquel punto era absoluta.

Barnes frenó también, para no irse encima de las furgonetas comerciales que le cerraban el paso. Soltó una imprecación de disgusto.

—¡Malditos tipos! —se quejó—. Casi nos vamos contra ellos...

Duke arrugó el ceño. Rápido, miró por el retrovisor. Un tercer vehículo, asimismo furgoneta de transporte comercial, se había situado de repente a sus espaldas, bloqueando también el paso en aquel punto, cruzada en diagonal en la calzada.

Intuyó de inmediato lo que sucedía. Su voz avisó a Barnes con presteza:

—¡Cuidado, Brian! ¡Es una emboscada!

Su joven compañero se precipitó al suelo del coche, accionando un resorte. Los cristales laterales de las ventanillas se subieron velozmente de inmediato, en el momento justo en que empezaban a crepitar unas pistolas ametralladoras, ligeras y eficaces. Los cristales del coche se llenaron de impactos leves, como salpicaduras o roces. El metal de la carrocería repiqueteó sordamente bajo un alud de proyectiles. El blindado del coche funcionaba sin problemas.

Duke extrajo de un compartimento lateral una potente pistola automática, lo mismo que su compañero Barnes. Las puertas laterales de las furgonetas se habían abierto, empezando a asomar

figuras encapuchadas, de negras ropas, con la letra M bordada en oro en suéters y caperuzas. Empuñaban las armas automáticas provistas de sistema silenciador, acribillando con ellas el coche de Duke, aunque estérilmente.

Se dieron cuenta inmediata de que era como intentar herir a una ballena con alfileres. Uno de ellos extrajo algo oval, negro y reluciente, que arrojó contra el coche. Barnes y Yordan se tiraron al suelo otra vez.

La granada estalló justamente sobre la capota del coche blindado, provocando en éste una violenta sacudida y nuevos astillados en el vidrio del parabrisas. Un estruendo áspero llenó la calle. Pero el coche resistió.

Duke presionó un resorte del tablier, y se abrió un pequeño orificio ante él, en la carrocería. Introdujo por allí el cañón de su arma y disparó tres veces. Dos figuras encapuchadas saltaron espasmódicamente, cayendo al asfalto y soltando sus armas. Otra granada voló por aires y fue a estrellarse en el parabrisas blindado.

La explosión fue tremenda, y en esta ocasión logró hacer mella en el resistente vidrio, que se llenó de estrías y desconchados. El vehículo se tambaleó, abollándose la capota en algunos puntos. Un fuerte olor a gasolina se extendió por el interior y exterior del vehículo.

—Son granadas muy potentes —avisó Barnes, disparando por otro orificio a guisa de tronera—. Pueden dañar al coche e inflamar el combustible, Duke...

—Lo sé. Habrá que usar medidas de emergencia, dada la situación, Brian —fue la sorda réplica del joven millonario.

Y sin vacilación alguna, presionó otro resorte del tablier de su resistente vehículo, mientras continuaba abriendo fuego contra los agresores, otros dos de los cuales emitieron gritos de dolor bajo sus máscaras, para caer fulminados al pie de las furgonetas. Desde detrás de ellos, brotaron también disparos, y una tercera granada estalló justamente entre las ruedas. Aunque los neumáticos también eran a prueba de disparos, no resistieron una explosión tan potente sobre sí mismos. Notaron cómo reventaban las dos ruedas posteriores, inmovilizándolas.

Pero ya la acción de Duke sobre aquel resorte surtía sus efectos inmediatos.

De todos los puntos del automóvil, en su parte delantera, posterior y en los flancos, brotó una densa nube de humo oscuro, mientras en la distancia ya eran audibles las sirenas de coches patrulla de la policía, atraídos por el estruendo de los explosivos.

Aquella nube negra envolvió al coche protectoramente, pero no fue ése su único efecto. El gas sombrío se expandió, movido por el aire, hacia las furgonetas de los enemigos. Los encapuchados empezaron a notar una sensación irritante que se iba tornando de asfixia. Atacados por el gas, comenzaron a toser y a llorar, notando que sus nervios se paralizaban con rapidez. Los más astutos dejaron de respirar de inmediato y, lanzándose sobre el volante, se apresuraron a alejarse de allí a toda velocidad para no seguir siendo víctimas del efecto del humo sobre su sistema nervioso central.

Dejaron en el suelo hasta tres cuerpos sin vida, con sus caperuzas cubriendo el rostro. Duke cerró el resorte, dejando de salir humo. El aire arrastró lejos las últimas volutas de humo negro, de eficaz gas defensivo, cuando ya tres coches patrulla, haciendo girar sus luces rojas y azules, aparecían velozmente por diversas bocacalles, para confluír en torno al coche blindado. Varios agentes, armados de revólver, saltaron a tierra, encañonando a los ocupantes del vehículo.

—¡Salgan de ahí con los brazos en alto! —ordenó un oficial con potente voz.

Duke y Brian se miraron con una sonrisa, encogiéndose de hombros.

—Será mejor que obedezcamos —comentó irónicamente Yordan—. El pobre coche está ya bastante averiado para que reciba más balazos...

* * *

El teniente Harding, de la policía de San Francisco, meneó la cabeza, mirando a Duke con reproche.

—Yordan, parece mentira que se meta usted en un lío más propio del Chicago de los años veinte que de nuestros días —le censuró.

—Yo no lo empecé, teniente —protestó Duke—. Veníamos de una fiesta cuando nos atacaron esos enmascarados sin mediar

provocación nuestra, palabra.

—Le creo, Yordan, pero eso ocurre porque está metido en algún buen enredo. ¿Cree que ignoramos en el Departamento las aficiones detectivescas de Duke Yordan, el millonario que se aburre de puro rico y tiene que buscar emociones en aventuras arriesgadas por esos mundos de Dios? Tengo informes federales, así como de Scotland Yard, de la Sureté y de cien puntos del planeta, hablándome de cosas que hizo Duke Yordan, el millonario aventurero.

—Me halaga ser tan popular. Nunca lo hubiera imaginado —rió Duke, divertido.

—Es usted un cínico, Yordan, pero me cae simpático —confesó Harding—. Además, aunque me fuese profundamente antipático, tampoco podría hacerle nada. Tiene amigos demasiado influyentes en Washington, lo sé. ¿No va a decirme al menos por qué intentaron asesinarle esta noche a usted y a su buen amigo Barnes?

—¿Por qué no lo pregunta a Washington mejor? Ellos saben algo de todo eso, teniente.

—Me lo figuraba. Tres muertos encapuchados, que resultan ser conocidos delincuentes profesionales, auténticos asesinos a sueldo con numerosas fichas delictivas... Usted con un coche que era una especie de tanque urbano... Y esa letra M bordada en oro sobre los pistoleros abatidos.

—¿Sabe lo que significa la letra M, teniente?

—El FBI tiene sus fuentes de información, pero también nosotros las tenemos, Yordan. Y la muerte de Philip Rosenthal y Renzo Adonis tuvo lugar en *mi* ciudad, recuérdelo. Si, claro que sé lo que significa: Reina Midas.

—Veo que sus fuentes de información son bastante buenas —sonrió Duke.

—Había llegado a pensar que esa Reina Midas era una fantasía, un mito grotesco. Empiezo a cambiar de idea. Imagino que no me dirá nada sobre ella, claro.

—Se equivoca, teniente. A mí también me cae usted simpático. No creo que el FBI se enfade conmigo por contarle esto. La Reina Midas existe, teniente. Estoy seguro de haber hablado esta noche con ella en persona.

—¿De veras? —El policía enarcó las cejas, mirándole con aire de duda—. ¿No se está burlando de mí?

—Le doy mi palabra de honor que no. Soy sincero con usted, teniente, créame. No sé quién es ella exactamente, pero hablé con tres mujeres, y una de las tres es, sin duda, la Reina Midas. Una mujer obsesionada por el oro, que tal vez ha conseguido algo con lo que la Humanidad sueña desde el principio de los tiempos: fabricar oro.

—¿Qué?

—Como lo oye. El FBI está preocupado, el Gobierno inquieto. Otros países, asustados. Si esa mujer produce oro en grandes cantidades, el mercado mundial se hundiría, y con él la economía y moneda de todos los países. Pero aunque no sea ésa su intención, el simple hecho de que exista una mujer dirigiendo una banda de criminales internacionales para proteger su oro, que sea capaz de matar, y que un día una organización criminal pueda despojarle de la fórmula mágica para fabricar oro en cantidades industriales, es un riesgo demasiado grande para el mundo y para el sistema. Por eso hemos de terminar con ella como sea, teniente.

—Dios... —Harding se dejó caer en una silla, anonadado—. Es un asunto de magnitud aterradora, Yordan. ¿Podrá usted sólo afrontar algo así?

—Lo estoy intentando. Al parecer con cierto éxito inicial, dada la reacción de los esbirros de la Reina Midas... Pero naturalmente, sigo sin saber nada en concreto sobre su identidad.

—Está bien, Yordan. Puede irse cuando quiera. Intentaré ayudarle cuanto pueda, si llega el caso. Pero mucho me temo que esto desborde mis posibilidades reales. No creo que en San Francisco esté el cuartel general de esa mujer y su banda.

—No, yo tampoco. Ella está ahora coyunturalmente aquí. Por eso desplazó a sus sicarios. Pero eso es todo. Mañana puede estar en Londres, París, Roma, Tokio... ¿quién sabe?

Se puso en pie, tendiendo su mano al oficial de policía, que la estrechó cordialmente. Firmó su declaración, así como Barnes, y ambos salieron del Departamento de Policía, tomando un taxi. Duke le dio las señas de su domicilio habitual cuando estaba en San Francisco. Barnes le miró, interesado.

—¿Ya no vamos a esa dirección que decías? —se sorprendió.

—No, ya no tiene objeto. El anzuelo fue mordido, pero más deprisa de lo que yo mismo imaginé. Esa mujer debe llevar consigo

un medio de comunicación por radio con su banda. Los envió contra nosotros apenas abandoné yo el edificio de la convención.

—¿Eso no te ha revelado cuál de ellas tres puede ser?

—No. Puede que sea Harmony Gold, ya que es la única de las tres que no posee mi tarjeta con las señas que les di como señuelo. Pero también puede ser una de ellas, que se anticipara a mis planes, demostrando ser mucho más lista de lo que yo imaginaba. Esperaba que atacaran la casa cuya dirección figuraba en mi tarjeta. Ella obró de distinta manera: atacó directamente al hombre que salía de allí. Ahora sabe que soy más peligroso y duro de pelar de lo que imaginaba y adoptará precauciones excepcionales. De momento, Harmony es la más sospechosa de todas, pero no puedo descartar a Velda LeRoy ni a su bella amiga, Morgana Killian. No, Brian. Cualquiera de las tres puede ser mi enemiga mortal en estos momentos.

—Y ahora que falló la trampa y ella se escurrió de entre tus dedos, ¿qué piensas hacer para intentar darle jaque mate de nuevo?

—Lo único posible en este caso, con todos sus riesgos: presentarme yo mismo, sin ninguna identidad ficticia, y meterme de nuevo en su terreno a cara descubierta.

—Duke, eso puede ser sumamente peligroso. Esa mujer ya te ha probado de lo que es capaz de proteger su inmunidad...

—Ahora soy yo quien tendré que probarle de lo que soy capaz, amigo mío. No te preocupes. Estoy acostumbrado a jugar fuerte, tenga buenas cartas o no.

—¿Y si descubren tu «farol», llegado el caso?

—Entonces... —Duke hizo un risueño gesto de fatalidad—. Hay que saber perder.

—¿Aunque sea la vida?

—Supongo que sí. Todo juego tiene su riesgo. En éste, puedo perder la cabeza. No será la primera vez. Y aún la tengo sobre mis hombros, sin embargo. Eso me hace ser optimista.

—Los cementerios están llenos de gente que fue optimista, Duke.

Yordan miró con reproche a su amigo y meneó la cabeza.

—Desde luego, eres único para animar a cualquiera —comentó con sarcasmo.

Velda LeRoy enarcó las cejas. Miró con fijeza a su visitante, y dejó luego sobre su mesa la tarjeta de visita, impresa en cartulina color pergamino, con rebordes dorados y letra en relieve.

—Siéntese, señor Yordan —invitó—. Ignoraba que usara tarjetas de visita tan sofisticadas.

—¿Me conocía acaso?

—Un poco, de nombre. Después de todo, figura en el *Quién es quién*. Y la prensa ha hablado muchas veces de usted. Pertenece a mi mundo, a nuestro mundo social y económico. Sólo que su afición es coleccionar peligros y aventuras.

—Y la suya coleccionar oro —sonrió Duke.

—Así es. ¿También sabe cosas de mí?

—Muchas —rió el millonario—. Incluso que luce a veces un collar que fue de Nefertiti, y que quiso pujar con su amiga Morgana Killian por una supuesta máscara de oro perteneciente a una tal Reina Midas.

—Oh, eso... No es del todo cierto. Fue un estúpido charlatán que me gastó una broma de pésimo gusto, durante mi estancia en San Francisco la semana anterior... Pero ¿cómo lo supo? ¿Es usted brujo? —se asombró Velda, mirándole con perplejidad mientras se cruzaba de piernas, dejando admirar a Yordan la belleza de sus esbeltas pantorrillas y sus bien formados muslos.

—No. Soy aquel «estúpido charlatán» —rió Duke de buen grado. Y fingiendo la voz gangosa de Guy Davis, añadió cómicamente—: «Guy Davis de Relaciones Públicas. Quisiera hablarle de algo relacionado con el oro, señorita LeRoy».

—¡Usted! —se sorprendió ella—. De modo que recurrió a un engaño... Se disfrazó como hubiera podido hacerlo Sherlock Holmes o Fantomas...

—Pero a la moderna —sonrió Duke con aire ofendido.

—No sé qué pensar... —Ella soltó una repentina carcajada de buen humor—. Es usted asombroso, amigo mío. ¿Puedo preguntarle por qué lo hizo?

—Oh, sí, es muy sencillo —la miró fijo—. Creí que era usted la Reina Midas.

Ella pestañeó. Pero eso fue todo lo que hizo como reacción a sus palabras.

—¿Y ya no lo cree? —indagó curiosa.

—Tampoco sé qué pensar. Me atacaron apenas salí de su convención. Intentaron asesinar-me.

—¿Fue usted quien resultó agredido esa noche? Me contaron el suceso: disparos, granadas de mano, varios muertos, un coche blindado que resistió un feroz ataque...

—Era yo, en efecto. La Reina Midas reaccionó con rapidez, no hay duda.

—Y ha venido usted a Nueva York, pensando que yo soy quien ordenó matarle.

—No. Pudo ser usted, lo admito, pero no estoy seguro.

—También pudo ser Morgana. Estaba conmigo cuando usted hizo aquella oferta tan rara... ¿De veras tiene una máscara como la que mencionó?

—No, claro que no. Pero espero tenerla algún día entre mis objetos de recuerdo de mis aventuras. Será el *souvenir* de mi victoria sobre esa mujer.

—Muy seguro está de cazarla —sonrió Velda LeRoy, mirándole con una sonrisa en sus bien modelados labios.

—Yo siempre estoy seguro de lo que me propongo, señorita LeRoy.

—Llámeme Velda, si vamos a ser amigos, Yordan —le concedió ella graciosamente, alargando un brazo y apoyando su delicada, larga mano, sobre la rodilla de él—. Confieso que usted me gusta. Como aquel tal Davis estaba horrible. Pero al natural es guapo, arrogante, irresistiblemente atractivo.

—Espero que todo eso me sirva para conmover y seducir a la Reina Midas —bromeó Duke con un asomo de sonrisa.

—¿Es que no puede pensar más que en esa mujer? Empiezo a sentir celos de ella...

—Usted me dijo que podía ser también Morgana Killian. ¿Dónde está ella ahora?

—De regreso a Tokio. Tiene allí su yate, el *Gold Dream*, con sus fuentes, grifos y adornos de oro, esperándola. Sus negocios pesqueros no podían esperar más. Perdimos toda una semana en San Francisco, con la dichosa convención. Cosas de la señora Kayoakis, nuestra presidenta. Le encantan esas cosas.

—¿Por qué sugirió que ella podía ser la Reina Midas?

—Bueno, como usted sugirió que podía ser yo. Digamos que me

autodefiendo de una acusación molesta. Por lo que oí, la tal dama es una vulgar asesina.

—Así es. Pero hay muchas mujeres asesinas en el mundo que no preocupan tanto a los gobiernos y a los países como esa dama. Porque además de ser asesina, posee algo que puede desequilibrar el mundo: la piedra filosofal.

—¡La piedra filosofal! —Velda le miró con estupor y luego se echó a reír—. Vamos, vamos, no dirá eso en serio... ¡Fabricar oro! ¡Hoy en día!

—Exacto. Hoy en día sí es posible. Mucho más que en la antigüedad, cuando los alquimistas lo intentaban con sus arcaicos medios, Velda. Hoy se puede desintegrar la materia, alterarla, variar su estructura atómica o molecular... Hoy todo es posible, tal vez. Incluso el sueño eterno de los humanos, hacer oro a su voluntad.

—Suenan tan fantástico, tan increíble...

—Pero es posible con la técnica y la ciencia de hoy. Estoy seguro de que existe la fórmula. Alguien la robó, y estuvo a punto de inundar de oro el mundo entero. Ése no es, evidentemente, el propósito de la Reina Midas. Ella se conforma con poseer el invento y crear oro para su propio placer, como el propio sueño del imaginario Rey Midas de nuestros cuentos infantiles.

—¿Ve? Morgana podría ser esa mujer. En un santiamén ha llenado su barco de estatuas de oro macizo, de fuentes de oro puro... Nadie sabe cómo pudo hacerlo.

—¿Y qué me dice usted de Harmony Gold, a todo esto? —terció vivamente Duke.

—¡Harmony Gold! —Pestañeó de nuevo Velda, clavando sus ambarinos ojos en Yordan. Ciertamente... Ama el oro tanto como nosotras. Debió sentirse predestinada por su propio apellido... Es tan hermosa como fría y autoritaria. Ha elegido bien a sus sospechosas, ¿eh, Duke?

—Supongo que sí. Todas son hermosas, ricas... y aman desmesuradamente el oro.

—¿Hace todo esto por su cuenta... o está colaborando para alguien? —indagó ella, y Duke se dio cuenta de que la mano de ella estaba ya en su muslo y le acariciaba sutilmente con sus largos dedos a través de la tela del pantalón. Sintió un leve escalofrío.

—Digamos que ayudo a alguien importante. Pero que después de

intentar asesinarme, también tengo un interés especial en dar con esa mujer.

—Si fuera realmente yo, y lo descubriese algún día, ¿no sería capaz de perdonarme? —preguntó mimosa la millonaria propietaria de la cadena de hoteles y restaurantes en medio mundo.

—No. Rotundamente, no —negó Duke, mirándola con fría obstinación.

Ella sonrió, se puso en pie y fue a sentarse encima de las piernas de Duke. La rodeó con su brazo desnudo, y besó la boca del joven.

—Pero no lo soy, te lo prometo —musitó, tomando las manos de él, que puso sobre sus firmes y duros pechos—. Sólo soy Velda, una mujer que se siente atraída por ti. ¿No serás capaz de mostrarte un poco dulce conmigo, querido Duke?

—Yo nunca me resisto a ser dulce con una mujer hermosa —respondió él.

La atrajo hacia sí y le devolvió el beso. Velda suspiró hondo, y se apretó ardientemente al millonario...

CAPÍTULO VI

El gran edificio de la LeRoy Incorporated, con sus impresionantes vidrieras cubriendo toda la alta fachada del rascacielos de Manhattan, donde se albergaba su principal hotel, el LeRoy Palace, y sus oficinas centrales en las plantas superiores, quedó atrás.

Duke Yordan pisó la acera con largo y elástico paso, camino del automóvil que le esperaba ya a la puerta, uno de los muchos que de su propiedad tenía dispersos por las grandes ciudades del mundo, a la espera de su llegada. Casi se dio de bruces con la mujer que se disponía a cruzar en ese momento el umbral de la entrada.

—Oh, perdón... —comenzó a disculparse, sujetando el brazo de la joven a quien casi había arrollado. Y de inmediato la reconoció, con gesto de sorpresa—. Señorita Harris... ¿Usted aquí?

—¿Nos conocemos acaso? —se sorprendió ella, mirándole extrañada a través de sus ligeras gafas.

—Bueno, en cierto modo, sí —sonrió Duke recordando que ella le había visto por vez primera con su falsa personalidad de Guy Davis—. Nos vimos en San Francisco.

—Temo no recordar dónde... Tal vez se equivoque.

—No, no. Usted es Jennifer Harris. Nos encontramos en la convención de la Asociación Mundial del Poder Femenino. Pero no puede recordarme fácilmente. Yo entonces tenía otro aspecto físico, otro nombre. Fingí, ¿comprende? Tenía que entrar allí y la engañé, como engañé a los policías del control. ¿Se acuerda de aquel funcionario municipal de las gafas gruesas y la nariz ganchuda?

—¡Usted! —se asombró la joven, mirándole incrédula—. Se llamaba... Davis, ¿no?

—Eso es —rió Duke—. ¿Podrá perdonármelo alguna vez?

—No sé... Si se lo perdonaron los demás —miró al edificio—.

¿De dónde viene ahora? ¿Es éste su verdadero aspecto o se ha disfrazado de hombre guapo también?

—No, no. No llevo disfraz ahora. Gracias por el cumplido. Mi nombre es Duke Yordan. Auténtico, palabra. Vengo de charlar un rato con Velda LeRoy.

—Entiendo. Yo trabajo para ella en este establecimiento, de modo habitual, compartiendo la labor con mis tareas al frente de la Asociación. ¿Por qué hizo aquella mascarada?

—Es una larga historia. Se la podría contar mientras almorzamos, si no tiene inconveniente. Hay aquí cerca un excelente restaurante italiano, menos sofisticado que los que pertenecen a la cadena LeRoy, pero infinitamente más apetecible...

—Bueno, es hora de almorzar e iba a hacerlo en el *snack* del hotel —sonrió la joven, encogiéndose de hombros—. No gano un sueldo como para comer en su restaurante de lujo, por supuesto. De modo que esa comida italiana no puede por menos de tentarme. Después debo ir a trabajar, señor Yordan.

—Perfecto —la tomó del brazo—. Entonces, vamos allá. El restaurante está justamente allá enfrente, en la primera bocacalle... y aún no debe haber demasiado público. Con suerte, encontraremos una buena mesa.

Así fue. El gordo y afable *signore* Valenti, su dueño, les colocó en una mesa discreta y tranquila, ofreciéndoles su menú. De mutuo acuerdo, Duke eligió *ravioli*, ternera en su jugo con guisantes y un buen vino siciliano. Mientras les servían, Duke explicó, con ciertas ambigüedades y omisiones, lo que había ido a buscar a la convención de las mujeres más ricas y poderosas del mundo.

Al término de su relato, los deliciosos *ravioli* del *signore* Valenti humeaban ante ellos, bañados por la apetitosa salsa boloñesa. Escanció Duke el vino en las copas y brindó con su nueva amiga, que le contemplaba perpleja todavía:

—Por una buena amistad, señorita Harris. Desde que la vi la otra vez en San Francisco, me dije que acabaríamos siendo usted y yo buenos amigos. Fue una corazonada.

—Por los dos —aceptó ella el brindis, con una sonrisa—. Y porque encuentre lo que anda buscando, aunque no entienda mucho de esas cosas que me ha contado.

Tomaron un sorbo. Luego iniciaron su almuerzo, mientras el

local del italiano se iba llenando de un público bullicioso y cordial, en su mayoría de origen latino. Duke miró a Jennifer Harris cuando hubo terminado el *ravioli*.

—¿Exquisito, no? —preguntó.

—Nunca los comí mejores —aprobó ella. Y añadió luego, mientras Valenti se llevaba los platos—: ¿Por qué cree que una de esas mujeres es una criminal peligrosa?

—Tengo mis motivos. Sería muy complicado explicárselos. Creo que usted podría serme de alguna ayuda en mi tarea, señorita Harris.

—Ya me imaginaba yo que esta incipiente amistad y su invitación a comer tendría antes o después un precio... —objetó ella, recelosa.

—No, no —rió Duke—. No es eso créame. No trato de utilizarla. Sólo esperaba que quisiera cooperar conmigo a cambio de algo más que mi amistad o una vulgar comida. ¿Cuánto gana en su actual empleo, poco más o menos?

Ella se lo dijo, algo dubitativa todavía. Duke Yordan asintió.

—Es un buen sueldo. Pero puede mejorarse. Poseo ciertos negocios que necesitan personal a mis órdenes. ¿Qué diría usted a un contrato fijo, por un salario tres veces superior al que actualmente percibe, y con la posibilidad de viajar por todo el mundo con cierta frecuencia, muchas veces por simple placer, haciendo turismo?

—Que o usted está loco, o me está proponiendo algo poco claro —las sospechas de ella iban en aumento.

—Palabra que no intento hacerle ofertas deshonestas, aunque sea usted tan joven y atractiva —sonrió el millonario—. Sólo le ofrezco un puesto de trabajo absoluta y totalmente legal.

—¿Qué debo hacer, en tal caso, para ganar tan fácilmente el dinero?

—Sólo trabajar conmigo en este asunto, sin dejar todavía a su actual patrona, la señorita LeRoy.

—¿Quiere sugerirme que haga el papel de espía?

—Es una fea manera de exponer las cosas. Pero necesito a alguien introducido en ese mundillo de las mujeres ricas, especialmente de tres de ellas: Velda LeRoy, Harmony Gold y Morgana Killian.

—¿Sus tres sospechosas?

—Sí.

—Que yo sepa, la señorita LeRoy sólo tiene amistad con la señora Killian, pero no con Harmony Gold. Ésta tiene fama de ser muy individualista y poco dada a las amistades, incluso entre las de su propio sexo.

Valenti, con su amplia sonrisa bajo el bigotito negro, les sirvió la carne en salsa rodeada de guisantes. Duke reanudó la conversación al ausentarse el italiano.

—¿Qué decide, entonces? —preguntó—. ¿Le place la idea de trabajar conmigo?

—No sé. Lo intentaré, Pero no le garantizo nada todavía. Debo pensarlo.

—Hágalo. Ya nos veremos otra vez. Y recuerde: desde el momento en que acepte, ya percibirá su salario conmigo, aunque siga en su actual trabajo.

Terminaron el almuerzo conversando sobre otros temas que no tenían relación con la oferta de Duke. Éste pagó la cuenta, se despidió afectuosamente de Valenti y salió a la calle con la joven Jennifer.

—Ahora le dejo —habló ella, tendiéndole la mano, parada en la acera. Allá, frente a ellos se erguía majestuoso el rascacielos de la empresa LeRoy—. ¿Nos veremos?

—Por supuesto —Duke le entregó su tarjeta—. Cuando tome su decisión, llame a este número. Si no estoy, el contestador automático recogerá sus palabras. Hasta pronto, señorita Harris.

—Hasta pronto, señor Yordan —respondió ella, dando media vuelta para iniciar su marcha hacia el edificio encristalado.

En ese preciso instante, la muerte volvió a precipitarse violentamente sobre Duke Yordan.

* * *

Todo ocurrió con mucha rapidez. Demasiada, para que el joven millonario pudiera evitar el riesgo para su compañera accidental.

Un vehículo pasó rápido ante ellos, arrancando rápidamente de su estacionamiento. Era un automóvil largo y oscuro, provisto de cristales opacos negros, de los que no permiten ver el interior desde

fuera del vehículo. Las ventanillas bajaron rápidamente al pasar. Y unos cañones de armas ligeras asomaron, vomitando proyectiles silenciosos.

Simultáneamente, por si eso fuera poco, desde una ventana próxima, alguien arrojó una cápsula cristalina a pies de Duke, y éste notó el crujido al reventar en el asfalto. Una nube de gas color verde oscuro empezó a elevarse del suelo hacia él y la joven secretaria.

—¡Cuidado, contenga la respiración! —bramó Yordan, palideciendo, y lanzándose sobre la muchacha para cubrirla con su propio cuerpo, a guisa de escudo, al tiempo que taponaba su boca y nariz con una mano, para impedirle tomar aliento, si se sentía forzada a ello.

Notó que su cuerpo se agitaba, sacudido por un impacto, y la muchacha flaqueó en sus brazos, lanzando un sordo gemido de dolor. Al apretar su espalda y cintura con la otra mano, los dedos se le mojaron de algo cálido y espeso que empapaba levemente el vestido de la muchacha.

El mismo percibió contra su cuerpo el repetido martilleo de proyectiles, desgarrando su traje, y no penetrando en su carne gracias al chaleco antibalas que le protegía. Agazapó la cabeza para no ofrecerla como blanco a sus adversarios, en tanto saltaba con la joven herida, apartándose del lugar donde aquel verde gas se elevaba, con un fétido olor ácido que había despertado sus timbres de alarma mentales apenas comenzó a elevarse del suelo. En el acto supo que olía a veneno, a algo letal que podía causar la muerte por absorción.

Una vez fuera de la zona afectada por el gas, depositó a la joven en el suelo, dentro de un portal, y desenfundó su oculta pistola automática. Comenzó a disparar rabiosamente contra el negro coche. No tomó por blanco su carrocería ni cristales que imaginaba blindados, sino el hueco por el que disparaban sus ocupantes. Logró encajar media docena de balas por esas aberturas, con fulgurante celeridad.

Alguna de las piezas de metal candente debió alcanzar al conductor del vehículo, porque éste comenzó a zigzaguear amenazadoramente, saltando a la acera, entre los gritos de terror de los transeúntes, para terminar estrellándose contra un

establecimiento de animales situado junto al restaurante de Valenti. Peceras, jaulas de perros y gatos y toda clase de objetos para animales domésticos, fueron arrollados por el coche. Una jauría de felinos y canes asustados invadió la acera. Pájaros multicolores, chillando aterrados, salieron volando del negocio, ante la desesperación de su dueño, que veía saltar pulverizados los vidrios de sus escaparates, al empotrarse el coche negro con todos sus ocupantes, en medio de un estruendo ensordecedor.

Las portezuelas se abrieron. Dos hombres se tambalearon, ensangrentados, desplomándose entre agua de peceras rotas, peces bailoteantes y animales asustados, mientras otros dos corrían agazapados, esgrimiendo sus armas ligeras, automáticas, que disparaban silenciosamente, igual que las de los asesinos de Rosenthal y los agresores de Duke y de Barnes aquella noche en San Francisco.

Todos ellos vestían ropas negras e iban encapuchados. La dorada letra M destacaba en sus caperuzas y jerseys de cuello alto. Duke hizo fuego dos veces más, implacablemente. Los dos tiradores se encogieron, saltando atrás y yendo a rodar por entre los vidrios hechos añicos.

Varios policías corrían hacia el lugar, haciendo sonar sus silbatos. La gente se apartaba, asustada, dejando un amplio claro en torno al lugar del tiroteo, donde el arma potente de Duke Yordan retumbaba con fuerza al vomitar balas.

—¡Pronto, atiendan a la chica! —clamó, al ver acercarse a los agentes—. ¡Está herida por esos asesinos! ¡Avisen a una ambulancia, por el amor de Dios!

Un policía asintió, corriendo a un teléfono público, mientras sus compañeros rodeaban a Duke y a los tiradores del coche abatido. Del individuo que arrojara la cápsula de gas letal, no había ni el menor rastro. El gas ya se diluía, arrastrado por el aire. Aun así, varias personas sufrían violentos espasmos o toses convulsivas por culpa de su acción.

—Por fortuna no parece grave —comentó un policía, inclinándose y examinando la herida de la joven Jennifer—. La alcanzaron en el costado, pero fue en un punto donde el proyectil no halló hueso ni tejidos importantes, entrando y saliendo sin problemas.

Taponó la herida con un pañuelo para evitar la hemorragia, y esperó la llegada de una ambulancia, encañonando a Duke Yordan con su arma reglamentaria. El joven millonario bajó su pistola en señal de rendición.

—No tienen que preocuparse por mí —dijo Duke, sereno—. Avisen al FBI. Tengo amigos allí. Y también al Departamento de Homicidios y en la Brigada de Estupefacientes de esta ciudad. Pueden preguntar al teniente Carson y al capitán Fenwick. Soy Duke Yordan. Intentaron asesinarlos a mí y a esa chica...

El policía comunicó algo por radio a través de su *walkie-talkie* de bolsillo. Finalmente asintió.

—Está bien, señor Yordan. ¿Necesita alguna ayuda?

—Sí. Venga conmigo uno de ustedes. Quiero ver a alguien en ese rascacielos —y señaló el edificio LeRoy.

* * *

La puerta del suntuoso despacho fue violentamente abierta, pese a las vivas protestas de los empleados de la empresa. Duke penetró como un huracán en el suntuoso despacho de Velda LeRoy, la hermosa dama que poco antes estuviera rendida en sus brazos, entregándosele dócil y apasionadamente.

Se paró en seco, mientras el agente de policía tranquilizaba a los empleados de la firma hotelera, que se arremolinaban allá fuera. Buscó en vano a la hermosa propietaria de la entidad comercial. No estaba en el despacho.

En su lugar, erguida ante uno de los enormes ventanales asomados a Manhattan, se volvió hacia él una alta figura de mujer que conocía muy bien. La luz de la tarde nimbaba de plata su arrogante cabeza. Los platinados cabellos caían en cascada suave y sedosa sobre sus hombros. Un vestido ceñido, de color azul y oro, envolvía sus formas mareantes, su larga figura de prominentes curvas.

—Usted... —murmuró Duke, encajando las mandíbulas—. ¿Qué hace aquí? ¿Dónde está Velda?

—Y a todo esto, usted ¿quién es? —preguntó con frialdad Harmony Gold.

—Mi nombre es Duke Yordan. Pero eso no le diré nada...

—Por el contrario, me dice mucho, señor Yordan... ¿O prefiere que le llame «señor Davis»? —rió desdeñosa la impresionante mujer, clavando sus verdes ojos fascinantes en él.

—Vaya, ¿quién le contó todo eso de mí? —se sorprendió Duke, que en su busca de algún indicio de la presencia de Velda, sólo descubrió una lámpara rota, abatida cerca de la mesa despacho, una silla volcada y unas manchas oscuras sobre los papeles y la carpeta de trabajo de la rica dama.

—Velda LeRoy —suspiró la mujer platinada, encogiéndose de hombros—. He venido a verla por ello. Me informó de quién era usted exactamente y lo que iba buscando en San Francisco. Me citó aquí, he llegado... y no la he encontrado. Ella no está, ya puede verlo. Y hay algunas señales de violencia en este despacho...

—¿Cuánto hace que llegó, señorita Gold?

—Apenas diez minutos, cualquiera de los empleados se lo dirá. Velda ya no estaba aquí, aunque me dijeron que no había salido de su despacho...

Duke cruzó el despacho dominando cada vez con más facilidad su ira inicial. Se inclinó sobre la mesa. Tocó las manchas. Examinó sus dedos.

—Es sangre —dijo—. Reciente. Algo ha sucedido aquí antes de llegar usted... si es que está diciendo la verdad. ¿Esto tiene otra salida?

—No lo sé. Supongo que sí. Ahí hay una puerta —indicó burlona Harmony, señalando al fondo del despacho—. Y yo no he mentado, señor Yordan, se lo advierto.

Sin hacerle caso, Duke fue rápido a aquella puerta situada en la parte posterior de la estancia. La abrió. Como imaginaba, era una salida de emergencia. Daba a un corredor desierto, a cuyo fondo descubrió la puerta que daba a las escaleras del edificio. Había gotas de sangre, formando reguero hasta la puerta aquélla.

Duke lo siguió, asomándose a las escaleras. Ya no vio más gotas que un par de ellas a la entrada de los escalones. Arrugó el ceño, mirando por el boquete. En toda la inmensa profundidad de más de veinte plantas no se advertía la menor señal de la presencia de Velda o de cualquier otra persona.

Regresó, sombrío, al despacho. El agente de policía que le acompañara estaba también examinando la mancha de sangre de la

mesa. Miró al millonario al verle volver.

—Es posible que haya habido un secuestro con violencia —dijo Yordan, seco—. Traten de averiguarlo. Velda LeRoy ha desaparecido. No hay otro rastro de ella que esas gotas de sangre. Debieron llevársela por las escaleras... si es que realmente hubo raptó.

El agente asintió, apresurándose a salir del despacho. Harmony miró a Duke con cierta agresividad en su altivo rostro hermoso.

—Parece que duda usted de que Velda LeRoy esté realmente en peligro —dijo.

—Vine aquí a culparla de un intento de asesinato —replicó Duke con aspereza—. El hecho de no hallarla y de que usted sepa también quién soy yo, me hace adivinar ahora mis sospechas entre ella y usted. Tal vez si le sucedió algo, sea usted responsable en complicidad con gente armada a sueldo suyo.

—Eso no tiene sentido ni gracia alguna. Pero Velda ya me contó algo sobre sus teorías cuando me telefoneó. Parece ser que no se fía usted de nosotras.

—Así es. Tenía entendido que Velda y usted no son muy amigas. ¿Por qué la llamó para contarla todo eso?

—No lo sé. —Mostró irritación la platinada belleza—. Iba a contarme algunas cosas cuando viniera. Parecía preocupada por algo relacionado con Morgana Killian, es lo que me contó.

—¿No le contaría que era *usted* quien realmente la preocupaba?

—Debería enviarle al diablo. Pero no lo haré. Ahora soy yo quien está preocupada. Si es usted tan hábil y eficaz como dijo Velda, quisiera contar con su ayuda. ¿Puedo contratarle para que me proteja?

—¿Protegerla de quién?

—No sé. Posiblemente de las mismas personas que han atacado a Velda y a usted.

—Soy rico, señorita Gold. No es fácil pagar mis servicios.

—Lo supongo. Pero yo podría ofrecerle mucho. Incluso un millón.

—¿De dólares?

—Es una bonita suma incluso para un millonario. Y eso no me arruinará. ¿Qué dice de mi oferta, señor Yordan?

—No sé... Tendría que pensarlo. ¿Qué tal si cenamos esta noche

en mi casa?

—¿Tiene usted casa en Nueva York?

—Tengo muchas casas diseminadas por el mundo —rió Yordan, irónico. Le tendió su tarjeta de visita—. Ahí tiene la de esta ciudad, con su teléfono y télex. ¿Puedo esperarla a las ocho en punto para cenar juntos y darle mi respuesta?

—No faltaré —prometió ella suavemente, guardando la tarjeta. Caminó hacia la salida. Sus largas piernas se dibujaban nítidas, en su escultural belleza, bajo el tejido azul y oro. Al rozar a Duke, sus ojos verdes chispearon—. ¿Le han dicho que es usted un hombre realmente atractivo y cautivador?

—Sí, algunas veces.

—No será difícil, sin duda, que al millón de dólares pueda añadirle algún otro incentivo que ni siquiera un hombre como usted rechazaría... —sugirió con voz susurrante, al pasar a su lado, dejando que sus firmes senos le rozaran claramente.

—Sin duda que no lo rechazaré si llegamos a ese acuerdo, señorita Gold —sonrió duramente Duke, siguiéndola con mirada calculadora y levemente ensombrecida.

CAPÍTULO VII

A su paso por el hospital, se encontró con la mala noticia de que Velda LeRoy seguía sin aparecer, y con la buena noticia de que Jennifer Harris podía abandonar el recinto hospitalario si así lo deseaba, ya que el orificio de bala, justa mente situado en un punto donde sólo había provocado la hemorragia, sin más complicaciones, estaba debidamente atendido y no precisaba hospitalización tras la cura de urgencia practicada.

Ofreció a la joven su casa y sus servicios, y aunque en principio ella lo rechazó, terminó por admitir que estaría mejor en cualquier parte que en un hospital. Duke Yordan tenía suficiente servicio para que alguien se cuidara exclusivamente de ella, como invitada suya, y Jennifer, agradecida, aceptó el ofrecimiento.

—También acepto el empleo que me ofreció —dijo, camino de casa del millonario, a bordo del automóvil de éste—. Si es que su oferta sigue en pie...

—Ahora más que nunca —respondió Duke—. Por mi culpa pudieron haberla matado esos criminales encapuchados. Es justo que si corre riesgos, sea por algo.

—¿Siempre le ocurren cosas así en la vida? —se interesó ella.

—Con bastante frecuencia. Pero es la primera vez que una empleada mía pasa por el mismo trance. Tranquilícese. Procuraré que no vuelva a suceder.

Rodaron en silencio hacia el norte de la ciudad, donde Duke tenía su residencia neoyorquina. Jennifer preguntó tras una pausa:

—¿Quiénes eran esos hombres que le atacaron? Sus armas no producían ruido apenas. Y ese gas verde... Tenía un extraño olor, producía aturdimiento, torpeza...

—Eran asesinos a sueldo. Gente de la Reina Midas, señorita

Harris. Usan armas de especial manufactura, muy modernas. Y el gas era letal. Respirarlo directamente, significaba la muerte por parálisis de los centros nerviosos. Utilizan armas muy sofisticadas. Es evidente que su patrona posee abundantes medios para mantener su organización criminal. No puede extrañarnos, si fabrica lo que parece fabricar...

Jennifer enarcó las cejas sin entender ese punto, puesto que Duke no le había mencionado el posible hecho de que la siniestra mujer pudiese producir oro a su antojo, pero optó por no preguntar nada al ver que él no aclaraba las cosas.

Una vez en la lujosa y segura mansión de Duke Yordan, rodeada de jardines, verjas con sistemas electrónicos de seguridad y una serie de redes metálicas de alto voltaje situadas en puntos estratégicos de la residencia como medida de prevención contra intrusos, él se excusó con su nueva y gentil empleada, para encerrarse en una cámara provista de los más avanzados medios de emisión y recepción de radio, y conectó con un lejano punto del planeta, con la ciudad de Tokio, donde un hombre llamado Saiko Tamura respondió a su llamada.

—Necesito informes inmediatos sobre una mujer llamada Morgana Killian, viuda de Milton Killian y propietaria del yate llamado *Gold Dream*, que creo está anclado en la costa japonesa —dijo Duke a su lejano interlocutor—. Es la propietaria de la flota naviera Killian, de los pesqueros Killian y de la cadena envasadora y conservera Killian Amalgamated.

El agente japonés de Duke Yordan le costó muy poco tiempo obtener los informes solicitados, respondiendo acto seguido a su jefe en Nueva York.

—El yate *Gold Dream* está anclado en estos momentos frente al propio Tokio, en la bahía. Parece ser que la señora Killian tiene a bordo algunos amigos, como es frecuente en ella, que da fiestas habituales. Su amigo particular es un tal Paul Montague, un joven *play-boy*

muy guapo y afectado, que también está a bordo. Al parecer regresó de los Estados Unidos hace unos días, y desde entonces permanece en su fastuoso yate, rodeada de su camarilla de invitados. Que se sepa, no ha hecho nada sospechoso durante este tiempo, si te refieres a eso, Duke.

—No necesita hacerlo por sí misma, si es quien yo pienso. Le bastaría con enviar a alguien dando una simple orden. Puede mover los hilos de una trama en Nueva York, Londres o cualquier otro punto del globo, con una simple llamada.

—Sí, eso es muy posible, porque tiene un potente equipo de radioaficionado, y además dispone de un radioteléfono registrado legalmente, para comunicar con sus factorías y sucursales en cualquier lugar del planeta. ¿Quieres su número de radioteléfono por si acaso? Podrías comunicar con ella directamente, a bordo de su yate.

—Sí, dámelo. Puede serme útil, Tamura.

El japonés le facilitó el número del radioteléfono de Morgana Killian, y Yordan cortó luego la comunicación, agradeciendo los informes a su agente y amigo en Tokio. Tras unos momentos de vacilación, se aproximó a su propio radioteléfono privado y lo descolgó, comenzando a marcar las cifras de codificación y los prefijos internacionales para comunicar con la red japonesa de radioteléfonos. Después, obtenido el contacto, llamó al número recién obtenido. Esperó.

—¿Dígame? —preguntó una voz suave, melosa, algo grave pero de inflexiones femeninas.

—¿La señora Killian?

—No, no. Soy Paul Montague, su amigo —replicó la voz con aire ofendido—. ¿Quién llama, por favor?

—Es de larga distancia. Desde los Estados Unidos. Urgente, por favor, para la señora Killian personalmente. Dígale que llame Duke Yordan, de Nueva York. Es todo.

—Un momento, pero no sé si se pondrá —se retiró el extraño comunicante de voz femenil, que según Tamura era el compañero habitual de la viuda últimamente.

Tras una larga pausa, otra voz, esta vez profundamente femenina, y que Duke oyera ya antes en San Francisco, sonó al otro extremo del radioteléfono:

—Morgana Killian al aparato. ¿De veras es usted Duke Yordan, el millonario?

—Sí, yo mismo. ¿Sorprendida?

—Un poco. Ya sé que nos conocimos en San Francisco, aunque usted entonces no dijo su verdadero nombre, Yordan.

—¿Se lo explicó Velda LeRoy?

—Así es.

—Velda LeRoy ha desaparecido. No hay rastro de ella. Tal vez la secuestraron.

—Dios mío, ¿está seguro de eso? —La preocupación en la voz de Morgana parecía sincera, pero Duke no se fiaba de nada ni de nadie en ese sentido.

—Por el momento, sí. La policía está buscándola en vano. Y una amiga de ustedes, Harmony Gold, está algo asustada por lo que pude colegir. Me ha pedido ayuda.

—Harmony no es amiga mía —cortó fríamente Morgana—. Ni creí que lo fuese de Velda tampoco, Yordan. ¿Qué quiere concretamente de mí para llamarme de tan lejos?

—Sólo quería saber si, realmente, estaba usted en Tokio y si Velda le informó, como a Harmony, de que yo había estado hoy en su despacho del Edificio LeRoy en Manhattan.

—Me contó eso y algo más —rió burlonamente su interlocutora con clara malicia—. Al parecer es usted un hombre irresistible cuando no usa disfraces ni postizos.

—Y Velda es una mujer muy indiscreta si le contó eso.

—Acostumbramos a contarnos mutuamente nuestras conquistas, Yordan. Parecía muy orgullosa de haberle añadido a su colección de amantes. Me dijo que era usted un hombre de una pieza. Eso no lo dice ella muy a menudo, se lo aseguro. Casi me dio envidia. Si al menos estuviera usted en Tokio intentaría comprobarlo...

—Es muy gentil, señora Killian —sonrió Duke—. Le recordaré esas palabras si voy a Tokio en breve, como pienso hacerlo.

—Oh, no cambie de idea y venga por aquí. Le aseguro que no tendrá que recordarme nada. Tengo muy buena memoria, en especial para los hombres —rió frívolamente.

—Ya. ¿Qué tal es su nuevo amiguito, Paul Montague?

—Sabe muchas cosas, ¿eh, Yordan? Le aseguro que es divertido, pero nada más. Quizás lo entienda cuando le conozca... Ah, si viene por aquí, está invitado de antemano a mi yate. Lo encontrará en la bahía de Tokio. No tiene pérdida. Es el único con letras de oro macizo en su casco, y con una especie de viejo mascarón de proa, representando un albatros, también en oro...

—Agradezco su invitación, señora Killian. Pero tenga cuidado

mientras tanto. Puede correr usted peligro... siempre que no sea usted misma la Reina Midas.

—Velda me contó esa divertida historia de la mujer que fabrica oro —rió Morgana—. No he creído una palabra de eso.

—Pues vale más que lo crea. Si usted no es esa dama, podría ocurrir que su vida esté amenazada. Hasta pronto.

Colgó, pensativo, regresando junto a Jennifer, en el amplio salón *living*. La joven estaba contemplando una grabación cinematográfica en el video. Se volvió al oírle entrar.

—Perdone —se excusó—. Puse en funcionamiento el aparato sin su permiso...

—Está en su casa. Jennifer —sonrió Duke—. Haga lo que guste. Cenaremos cuando venga una amiga común, la señorita Gold, a quien he invitado. Mientras, puede descansar viendo esa película, tumbada en el sofá. La encargada de mi casa, la señora Perkins, fue una excelente enfermera. La he encargado que se ocupe de atender su herida en todo momento, de modo que no tiene nada que temer. Ahora la entregaré un anticipo a cuenta de su salario, señorita Harris.

—No corre ninguna prisa, palabra. No necesito dinero por el momento.

—Pero es justo que lo tenga en su poder —llenó con rapidez un talón bancario y se lo tendió sonriendo a su joven y flamante empleada—. Creo que será suficiente, Jennifer. ¿Puedo llamarla así?

—Por supuesto, señor Yordan. Me gusta mucho más que me llamen por mi nombre.

—A mí también. Aunque sea su jefe, detesto ser llamado «señor Yordan». Duke es un bonito nombre. Úselo siempre, Jennifer, se lo ruego.

—No sé si podré, señ... Duke —sonrió ampliamente, y él le devolvió la sonrisa—. Sí, creo que podré, después de todo. Usted infunde confianza.

—Sí, poseo muchas virtudes, ya irá comprobándolo —bromeó él con cinismo.

Apareció su mayordomo con una carta en una bandeja de plata, acercándose a Duke con un leve carraspeo respetuoso. El millonario giró la cabeza, frunciendo el ceño levemente. Miró a su criado y a la misiva.

—¿Ocurre algo, Hammond? —indagó.

—Han traído esto, señor. Es personal y urgente, a su nombre. Era un mensajero de una de esas empresas dedicadas a enviar encargos a domicilio...

—Entiendo —se acercó, mirando el sobre cerrado, de color azul pálido.

Vio el nombre de Harmony Gold, impreso con letras doradas sobre la solapa posterior. Alargó la mano para tomarlo. Debía contener varias hojas, porque abultaba ligeramente.

—Gracias, Hammond —dijo—. Puede retirarse.

Permaneció unos momentos sopesando el sobre en su mano, sin abrirlo. Jennifer le miró en silencio. El millonario se acercó despacio a la chimenea.

—Creo que la señorita Gold no acudirá a nuestra cena —dijo Duke, pensativo—. Esta misiva huele a excusa para no hacerlo.

—¿No va a abrirla para comprobarlo? —se extrañó Jennifer.

—Por supuesto. Pero antes hay que tomar ciertas precauciones. Sobre todo, cuando una misiva abulta demasiado para una simple excusa... Y tras estas enigmáticas palabras, abrió un compartimiento en la chimenea e introdujo dentro el sobre cerrado, cuidadosamente. Luego cerró el compartimiento de la estructura de mármol. Jennifer observó, intrigada, que su tapa aparecía forrada de grueso metal.

Se apartó lentamente Duke. Luego presionó un resorte situado en el hueco del hogar. Ocurrió algo. La pared tembló violentamente, hubo un estruendo áspero detrás del mármol, y el rostro de Duke se contrajo, con un duro brillo en su mirada.

A pesar de su herida, Jennifer se puso en pie de un salto. El video hacía oscilaciones en la pantalla del televisor.

—¿Qué ha sido eso? —murmuró asustada.

—La misiva de Harmony Gold era una bomba bastante potente —dijo Duke con calma—. Esa cámara está totalmente blindada, y posee un sistema para abrir paquetes y cartas sospechosos. Ya ve lo que ocurrió...

Volvió a abrir la cámara. Una densa humareda acre brotó de ella, haciéndoles toser. Duke alargó la mano, mostrando pavesas en sus dedos, restos del papel enviado. Pero de entre todo ello, emergió algo entre sus dedos. Algo que brilló intensamente dorado

a la luz. Era una delgada lámina de oro o de un metal con baño de oro. Lo acercó a la luz, sujetándolo por sus bordes con cuidado.

Aparecía grabado con unas letras mayúsculas. Era un breve mensaje.

SI LEES ESTO, YORDAN, SIGNIFICARA QUE NO HE PODIDO
ACABAR CONTIGO TAMPOCO ESTA VEZ. HARMONY NUNCA
ACUDIRA A TU INVITACION. NOS VEREMOS.

Y TE VENCERE.

REINA MIDAS

—Al fin se digna dar la cara manifestó Duke con voz fría, mostrando la placa a Jennifer, que la leyó asombrada. —Es una mujer tan odiosa como fascinante. Sus métodos y recursos son pasmosos. Hubiera podido matarnos fácilmente a los dos, de haber abierto esa carta de forma normal, Jennifer. Pero ella sabía que yo era capaz de sospechar algo al recibir esa misiva... Por eso, pese a todo, envió su mensaje.

—Dios mío... ¿Y quién es la Reina Midas?

—No lo sé aún. Estoy confuso, Jennifer. Pero creo que voy a hacer en breve un viaje a Tokio...

CAPÍTULO VIII

Los carnosos labios de la morena belleza se aplastaron en los de Duke Yordan. Sintió el sutil mordisco de unos dientes muy blancos y voraces en su carne. Luego, la hembra se retiró, no sin que él advirtiera las palpitaciones sensuales de sus poderosos senos bronceados bajo el vestido de noche tremendamente descotado.

—Velda tuvo razón —ponderó Morgana Killian—. Me gustas, Yordan. Eres un macho deseable, la verdad.

Usaba un lenguaje crudo y directo, era evidente. Duke pensó que aquella mujer era un hermoso animal lleno de sensualidad y de voluptuosos deseos. Pero también podía ser algo más. De momento, era la única de las tres mujeres que podía ser localizada. Velda y Harmony habían desaparecido en Nueva York sin dejar rastro.

Miró al compañero de Morgana, que le estudiaba con fría mirada algo hostil.

Era la clase de individuo, pensó Duke, que correspondía a la voz que oyera inicialmente a través del radioteléfono. Deportivo, elegante, pero afectado, de ademanes feminoideos, gesto blando y aspecto equívoco. Su cabello brillaba demasiado, los ojos parecían estar sombreados artificialmente, y sus pestañas eran largas y sedosas. Resultaba demasiado guapo para mostrarse varonil.

—Es Paul Montague —presentó Morgana, indiferente, al ver la mirada de Duke—. Mi mejor amigo, Yordan. Espero que te guste. Y tú a él, claro está.

Se saludaron con un simple movimiento de cabeza, sin demasiado entusiasmo. Luego, Morgana tomó del brazo al joven millonario y se alejó de Montague, llevándole por la cubierta del suntuoso yate *Gold Dream*, anclado frente a la pintoresca y bella bahía de Tokio. Duke observó que abundaban los adornos en oro a

bordo. Marineros provistos de pistola en la cintura, velaban sin duda por la seguridad del costoso yate y sus lujosos aditamentos de metal precioso.

—Este barquichuelo resulta muy acogedor —bromeó Duke.

—Es mi auténtico hogar —suspiró Morgana—. Mi difunto marido me enseñó a vivir sobre el agua. Y me gustó. Adoro el mar. El mar me ha dado mi fortuna, después de todo.

—También adora el oro, ¿no es cierto?

—Bien sabes que sí, querido —le miró, burlona—. ¿Sigues pensando que soy yo la Reina Midas?

—Tengo que sospecharlo al menos. Velda y Harmony han desaparecido. Pueden haber sido raptadas o asesinadas por gente al servicio de la Reina Midas.

—También pudo ocurrir que una de ellas sea esa Reina, y se oculte porque le conviene hacer creer que corre peligro —sonrió Morgana, irónica.

—Ya lo he pensado. Sí, puede ser. Por eso dije que sólo sospecho de ti, no que tenga la convicción.

—¿Y sólo por una simple sospecha has viajado a través de medio mundo para venir a verme? —Ella se detuvo ante la escalera que conducía a los camarotes y le miró muy fija, sin soltarle el brazo.

—Acostumbro a viajar mucho de un lado a otro del mundo. No tiene importancia para mí. Pero no vine sólo porque sospechara de ti. Me invitaste a venir. Y me pareció un buen momento para aceptar tu invitación.

—Te invité a algo más —le recordó ella, mostrando la punta rosada de su lengua entre los húmedos y carnosos labios—. ¿Ya no lo recuerdas?

—Sí —asintió Duke Yordan—. Yo también tengo muy buena memoria.

—Entonces... ¿a qué esperamos? —invitó ella, mostrando significativamente la escalerilla al interior de su yate—. Ven. Mi camarote privado está abajo...

—¿Y tu fiel Montague? —sonrió Duke, iniciando el descenso—. ¿No sentirá celos?

—Déjalo con el resto de invitados. Él no cuenta. Ya te dije que sólo es *divertido*, ¿comprendes? Sus gustos no son los tuyos, de eso puedes estar seguro...

—Sí, comprendo. La cosa está muy clara, sobre todo cuando uno le ha conocido personalmente —admitió Duke, siguiendo a Morgana a su camarote privado.

—Falta mucho para la hora de la cena —susurró ella entre dientes—. Pero a tu lado estoy segura de que el tiempo va a pasarme muy deprisa, querido...

* * *

Despertó, con cierto sobresalto, esperando hallarse todavía en el amplio y confortable lecho del camarote lleno de estatuillas y adornos de oro puro, con el desnudo cuerpo de bronce viviente al lado, exhausto tras la batalla amorosa.

De inmediato se dio cuenta de su error, soltó una imprecación de ira, y se dijo que había sido un estúpido por confiar demasiado en sus propios recursos.

Ya no había allí lecho ni adorno de oro alguno. Tampoco la mórbida desnudez de Morgana Killian seducía su vista. Estaba solo. Sólo en una cámara totalmente cerrada, desprovista incluso de ojo de buey, con una puerta cerrada, y sin otro mueble que una litera donde yacía, sumido en un pesado sopor.

Luchó contra éste, incorporándose tambaleante. Notó un leve dolor en el brazo y se miró. Había allí la señal de un agujonazo o punzada, rodeada de una irritación en la epidermis.

—Me pinchó mientras dormía —musitó Duke—. O tal vez mientras hacía el amor conmigo. Alguna droga fulminante que me abatió, maldita sea. He caído como un necio. Esperaba disponer de algo más de tiempo...

Comprobó que estaba solamente en *slip*. Le habían desnudado totalmente, quizás para comprobar que no llevaba en sus ropas truco alguno a utilizar. También estaba totalmente descalzo. Probó la puerta. La golpeó con energía. Resistió. Era de madera lustrosa, pero debajo debía de tener una gruesa chapa de acero. Era invulnerable. Aquel camarote era una prisión, sin duda alguna. Supo que aún estaba a bordo, porque las aguas mecían suavemente su actual encarcelamiento.

Permaneció un tiempo pensativo, calculando sus actuales posibilidades. Luego volvió a golpear la puerta, forcejeando con ella

en vano. Cansado, se retiró a la litera. De pronto, oyó girar una llave allá fuera y correr un cerrojo. Se puso en pie de un salto, al acecho.

La puerta se abrió. Pero dos encapuchados grises aparecieron, con su inevitable letra M en caperuza y jersey, encañonándole con sus ligeras pistolas silenciosas.

—Atrás —ordenó una dura voz bajo una de las caperuzas—. Quieto o te acribillamos sin remedio, amigos. Vamos, entrad a la chica. Que se diviertan juntos cuando menos. Eso hará más llevadero su encierro.

Se apartaron los encapuchados de gris. Una mujer fue lanzada violentamente dentro del camarote. Sólo llevaba encima un sujetador y un breve *slip*. Su cuerpo semidesnudo destacó exultante, a pies de Duke, donde se desplomó con un sollozo.

—¡Harmony Gold! —jadeó Duke, mirándola sorprendido.

Los de gris salieron, cerrando tras de sí prestamente. Yordan se inclinó sobre la semidesnuda mujer. El sujetador era demasiado pequeño para sus soberbios senos. Los largos muslos destacaban, dorados y suaves. Sus nalgas redondas emergían del minúsculo *slip*. Llevaba en desorden el cabello platino.

—Yordan... Usted también ha caído en poder de esa maldita asesina... —gimió ella, con voz quebrada, mirándole a través de sus lágrimas—. Ambos estamos en sus garras ahora. No saldremos vivos de aquí, estoy segura.

—¿Quién es ella? ¿Morgana Killian?

—No lo sé. La he visto ataviada con una malla de oro y una capa negra, con una máscara de oro puro sobre el rostro... Esos hombres de gris son su escolta personal. Controlan todo el barco, a lo que vi.

—¿La han traído hasta aquí desde Nueva York, Harmony?

—Eso debieron hacer. Me atacaron cuando iba a reunirme con usted para cenar. Fui reducida y drogada por otros encapuchados de ropas negras, sus pistoleros a sueldo. No sé más, hasta que desperté en este yate...

—¿No ha visto a Velda LeRoy?

—No, no he visto a nadie. Ni a Velda ni a Morgana... a menos que esa odiosa mujer de la máscara de oro sea una de ellas, Yordan.

—Veo que la han dejado tan vestida como a mí, Harmony. ¿Qué pretenden?

—No lo sé. Dijeron que querían evitar que llevase encima algo que pudiera ayudarme a escapar. Veo que a usted también le han hecho lo mismo.

—Así es. Estamos a merced de su voluntad —afirmó Duke, sombrío.

Luego miró las cuatro paredes, la solitaria litera. Enarcó las cejas, y meneó la cabeza. —Acuéstese usted ahí, Harmony, y trate de descansar— invitó.

—¿Y usted? No hay más que una litera...

—Tal vez el encierro sea breve. Si dura, nos alternaremos en el sueño. Ahora descanse usted, se lo ruego.

Y la ayudó a incorporarse, llevándola a la litera.

Ella se tendió en el lecho, cubriéndose con la sábana. Resultaba difícil ver aquel cuerpo y no tener malos pensamientos, meditó Duke. Jamás había visto una hembra como aquella belleza platino.

El encierro duraba, realmente. Al cabo de varias horas, volvieron los encapuchados para dejarles alimentos y agua.

Duke pidió otra litera. El que capitaneaba a los facinerosos se echó a reír y negó con la cabeza.

—Usad la misma litera los dos —replicó—. Después de todo, podéis daros calor mutuamente. No es ninguna tortura, ¿eh, amigo?

Se alejaron, riendo. Duke sirvió algunas viandas a su compañera de cautiverio, y ella comió, tras insistir él repetidas veces. Luego, Harmony le miró con sus verdes ojos húmedos, y le tomó las manos apretándolas con fuerza.

—Gracias, Yordan —murmuró—. A su lado me siento mejor. Necesita descanso. Venga, acuéstese aquí, por favor.

—No, no. Aún puedo soportarlo. Duerma usted, Harmony.

—Ellos tuvieron razón, Yordan. Podemos descansar los dos. Acuéstese aquí, conmigo.

—¿Los dos en la misma litera? —Duke dio un paso atrás—. Es demasiado arriesgado. Harmony. Yo no podría darle mi palabra de caballero de portarme correctamente...

—¿Quién ha dicho que tenga que darme su palabra? —sonrió ella dulcemente—. Vamos, acuéstese. Tratemos de dormir los dos. No voy a ponerle condiciones encima, amigo mío...

Logró convencerle. El cansancio y el efecto de la droga inoculada fueron más fuertes que su voluntad. Se acostó junto a

Harmony. La litera era estrecha, y el cuerpo de ella demasiado turgente. Rozó su carne cálida sin querer.

No durmieron. Al menos, no durante varias horas. Tuvieron otras cosas que hacer, y ella en ningún momento reprochó a su compañero su falta de caballerosidad...

* * *

Como tampoco llevaban reloj, habían perdido la noción del tiempo. Duke, sin embargo, estuvo seguro de que habían dormido bastantes horas y debía de ser otro día. En el suelo, junto a la puerta, habla nuevas viandas y agua. Los carceleros habían entrado durante su sueño, dejándoles los alimentos. Debieron pasarlo bien, pensó Duke, al ver a los dos jóvenes en el lecho, tan juntos el uno al otro...

—Sospecho que nuestro cautiverio va para largo —murmuró Duke entre dientes, con malhumor, inclinándose a besar a la platinada Harmony.

Ella suspiró, alargando sus brazos y rodeando a Yordan con ellos. Se besaron. Y sus cuerpos volvieron a unirse entre las sábanas. Aquella mujer, pensó él, era fuego abrasador, insaciable sed de pasión. Iba a dirigirse a los alimentos para reponer sus exhaustas fuerzas, cuando sonó fuera un acre tableteo de armas de fuego. Gritos y ruidos inexplicables llegaron a sus oídos.

—¿Qué mil diablos ocurre ahí fuera? —Se sobresaltó Duke, intentando entender el curso de los acontecimientos.

Harmony, sorprendida y alarmada, saltó del lecho. Al ver que estaba totalmente desnuda, se cubrió a medias su impresionante figura con la sábana arrugada. Pegó el oído a la puerta.

—Los gritos son de agonía, de vivo dolor —murmuró—. Y se oye caer cuerpos al agua... Juraría que los disparos y carreras se aproximan aquí, Duke, cariño...

Se apartó, abrazándose a él, cuando en el corredor se oyeron voces roncadas, un siniestro tableteo de ametralladoras que no correspondía en absoluto a las silentes armas de los esbirros de la Reina Midas... y luego, de repente, reinó un total, pesado, ominoso silencio.

Ambos jóvenes, abrazados, se miraron con ansiedad. Luego

giraron la cabeza a la misma vez, clavando sus ojos en la puerta blindada.

Alguien la estaba abriendo.

Dieron unos pasos atrás, a la expectativa. La puerta se abrió de golpe.

Asomaron hasta media docena de individuos de aspecto poco tranquilizador, provistos de humeantes armas de fuego. Tres eran japoneses. Los otros, occidentales. Tenían toda la traza de ser *gangsters* profesionales. Sus metralletas apuntaron a ambos prisioneros.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó con aspereza una voz en el pasillo.

Miraron allá, sorprendidos. Duke Yordan poseía un amplio y nutrido archivo de toda la delincuencia mundial. No le costó nada identificar al hombre enorme, gordo, adiposo, acomodado en una silla de ruedas metálica, provista de numerosos controles en sus brazos, situado en medio del pasillo, y rodeado por hombres armados.

—¡Axel Waxman! —murmuró el millonario, estupefacto.

—Vaya, veo que me conoces. ¿Y tú quién diablos eres, muchacho? —rezongó el jefe de la Sociedad.

—Duke Yordan —dijo él—. Mi compañera es Harmony Gold. Ambos somos prisioneros de una mujer, la Reina Midas...

—Erais prisioneros suyos —rectificó fríamente el hombre gordo, haciendo rodar su silla hacia ellos. Resopló, añadiendo con voz glacial—: La mujer ya no existe. Acabamos de matar a la Reina Midas y a todos sus esbirros. Sois libres. Pero antes quiero hablar con vosotros arriba. Dadles algo para vestirse y que suban a verme al salón de las estatuas de oro, Lukas.

—Sí, señor, enseguida —afirmó Marius Lukas, estudiando ceñudo a Yordan y a la chica.

Les dieron ropas provisionales para cubrir su desnudez y fueron conducidos por los pistoleros a un salón realmente propio de un sueño oriental. Las estatuas de oro macizo, fuentes de igual metal precioso y adornos en techos y muros, hacían de aquel recinto un auténtico paraíso de riqueza cegadora. Harmony lo contempló entre absorta y fascinada, sin separarse un instante de Duke.

El gordo Waxman *la Silla* permanecía en su asiento, en medio de

aquella dorada apoteosis, todavía deslumbrado por la misma. Les miró primero. Luego, señaló a alguien que yacía sobre una mesa de mármol con incrustaciones de oro puro.

—Vedla —dijo—. Ahí está ella, la mujer que fabricaba oro. La Reina Midas...

Duke Yordan y Harmony avanzaron hacia el cuerpo femenino, enfundado en malla de oro puro, con capa negra. Una máscara de oro cubría su rostro, como en una representación de antiguo teatro chino. La sangre había brotado por varios orificios abiertos en su cuerpo enfundado en oro, sacándose en las heridas.

—¿Puedo quitarle la máscara? —preguntó Yordan roncamente.

—Claro —rió Waxman—. Hazlo, Yordan. Satisfarás tu curiosidad... aunque acaso te llesves una decepción, como me ocurrió a mí...

Duke alzó la mano. Tomó la pesada máscara de oro. La arrancó del rostro de la misteriosa y cruel Reina Midas. Lanzó una imprecación de enorme asombro.

—¡Cielos! —clamó—. No era una mujer... Es Paul Montague, el amigo de Morgana... maquillado y con postizos... El... él era un *travesti*...

CAPÍTULO IX

Las tres mujeres sonreían, a ambos lados de Duke Yordan.

Era como si un sultán estuviera en su harén, rodeado por sus bellas favoritas. Todas le contemplaban, como esperando la merced de sus favores. Corría el champaña, y la vajilla de la cena era, naturalmente, de oro puro.

—Una historia increíble —manifestó por fin una de ellas, Velda LeRoy, lanzando un suspiro.

—Totalmente increíble, sí —admitió Duke, tomando un sorbo de champaña en su dorada copa—. Buscaba a una mujer... y aparece un *travesti*.

—El delicioso y divertido Paul Montague... —suspiró Morgana Killian frívolamente—. Superficial, un desastre de amante... bisexual y absurdo hasta lo increíble. ¡Y había metido en mi propio yate a todo su ejército de pistoleros! Amo y señor de un secreto que me hubiera entusiasmado poseer... ¡Nada menos que fabricar oro!

—Así es —asintió Duke—. Al ordenar la muerte de Rosenthal, la Reina Midas dictó su propia sentencia. Axel Waxman, ese gordo horrible y siniestro, no perdona. Se enteró de cuál era el escondrijo de la Reina Midas y acabó con ella y con su gente.

—Y muy oportunamente —señaló Harmony, apretando la mano de Yordan sobre el mantel—. Nos liberó a Duke y a mí... te salvó a ti la vida. Morgana, y supimos entonces que también Velda LeRoy estaba prisionera en otro camarote del yate *Gold Dream* igual que nosotros. Un final feliz, a fin de cuentas, querido. Y el derrumbamiento de todas tus sospechas y celos. Ninguna de las tres éramos realmente la que buscabas...

—Montague se enteraba de todo, a través de su amistad con Morgana, y usaba todo ello en su beneficio —corroboró

risueñamente Velda—. ¿Ahora qué ha sido de ese tipo gordo de la silla de ruedas, Yordan?

—Axel Waxman es de esa clase de hombres que aparecen y desaparecen con igual rapidez —sonrió Duke—. No podía impedirle que se marchara. Después de todo, tal vez nos salvó la vida...

—Pero se fue con todo el oro que tenía en mi yate —se quejó Morgana—. Estatuas, adornos, griferías... Es un granuja.

—Claro que lo es. Siempre lo fue. Y de la peor clase. Pero creo que podrás soportar las pérdidas. Después de todo, ¿qué son unos cientos de kilos de oro para una mujer como tú?

—Si al menos hubiera conseguido la fórmula de Montague, eso tendría fácil arreglo —se quejó la dueña del yate—. ¿Crees que la fórmula murió con él, Duke?

—No puedo saberlo, pero de todos modos, esté donde esté esa fórmula, sólo la Reina Midas sabe su paradero.

—Y la Reina Midas ya no existe —sentenció Harmony con una sonrisa, clavando sus fascinantes ojos verdes en Duke Yordan.

—Exacto. Ya no existe —confirmó él, afirmando con la cabeza muy despacio. Llenó de nuevo las copas de sus tres excepcionales invitadas a su residencia de Nueva York—. Ahora, bebamos de nuevo, mis queridas amigas.

—¿Por qué nos has reunido aquí a las tres? —se interesó Harmony, tras tomar un sorbo de su dorada copa—. Según he podido observar todas deseamos lo mismo: ser de tu exclusiva pertenencia. Pero compartirte las tres sería demasiado pedir. No tengo espíritu de hurí del paraíso. Duke querido.

—Tampoco yo —confirmó Velda—. Y a fin de cuentas, fui la primera. Eso me da un cierto derecho, ¿no?

—Un momento, encanto —cortó Morgana, airada—. Conmigo gozó más que con ninguna, estoy segura. Por algo soy la más perversa y viciosa de todas nosotras...

—Eso es mucho asegurar. Su cautiverio se endulzó bastante con mi amor —apuntó Harmony—. He sido su última y definitiva pareja. Tal vez me escoja a mí de entre las tres. ¿No vas a responder a eso, Duke? No puedes aspirar a un harén formado por las tres.

—No aspiro a eso. Os daré mi respuesta de inmediato —suspiró Duke, poniéndose en pie lentamente. Se enjugó los labios con su servilleta, y fue al teléfono, que descolgó, bajo la mirada de las tres,

haciendo una llamada. Esperó. Al fin, hizo una simple pregunta—: ¿Se ha confirmado todo lo que antes me dijo, Waxman?

Del otro lado del hilo telefónico le llegó una respuesta tan abrupta, que todas ellas pudieron captar la brusca voz del interlocutor de Yordan, aunque no entender lo que decía. El millonario aventurero sonrió. Luego se limitó a responder:

—Sí. Waxman. Lo entiendo muy bien. Como ve, nada de lo ocurrido valía realmente la pena...

Sonrió enigmáticamente y colgó. En silencio, regresó a la mesa, sin que ellas dejaran de mirarle. Se sentó en su sitio. Ellas cambiaron una mirada entre sí.

—¿Hablabas con ese tipo gordo de la silla de ruedas? —se sorprendió Velda.

—Así es. Me había enviado un mensaje urgente antes de cenar. Ahora era la confirmación de algo que me dijo entonces.

—¿Qué tienes tú que ver todavía con ese bandido? —Parecía irritada Morgana Killian.

—Nada, os lo aseguro. Personalmente, detesto a la gente como él. Pero me ha informado de algo fundamental, y valía la pena escucharle.

—¿Qué ha sido ello? —quiso saber Harmony Gold.

—Antes os hablaré de algo en cierto plan filosófico. Y nunca mejor empleada la palabra, puesto que me refiero a la famosa y siempre anhelada piedra filosofal que, según los antiguos, podía convertir en oro cualquier materia. Lo cierto es que la Reina Midas, gracias a sus medios de fortuna personal, pudo financiar la labor de un químico que creía haber conseguido tan magno secreto. Los resultados fueron evidentemente satisfactorios. Todo podía ser convertido en oro. El invento resultó. Seguramente nuestra Reina Midas, despiadadamente, asesinó luego a su inventor. Y explotó en su beneficio el hallazgo científico, hasta que la Sociedad de Waxman le robó la fórmula y quiso invadir con ella el mercado mundial del oro. En esa sorda guerra, la Reina Midas recuperó su fórmula y acabó con varios miembros de la banda de Waxman. Finalmente, nuestro inválido gordinflón recibió un informe confidencial y llegó a Tokio, exterminando a la banda de la Reina Midas y a ella misma con sus esbirros. Pero la fórmula no apareció. Y despedido, nuestro amigo Waxman despojó de su oro a Morgana

Killian para resarcirse de sus gastos y pérdidas.

—¿Adónde vas a parar con todo esto, Duke? —se extrañó Velda LeRoy.

—A esto.

Inesperadamente, Duke derramó su copa de champaña sobre el brazo de Harmony, repleto de pulseras de oro, y luego salpicó con el líquido espumoso el collar del mismo precioso metal que luda Velda LeRoy, al tiempo que volcaba la copa de Morgana el champaña bañaba los dedos de la morena belleza, cubiertos de bellísimos aros dorados.

—¿Qué tontería es ésta? —se sorprendió Harmony—. ¿Quieres burlarte de nosotras o estás pretendiendo sembrar la suerte con champaña, como dice la tradición?

—Ni una cosa ni otra, queridas mías —sonrió Duke—. Mirad ahora vuestro oro, por favor.

Ellas, sin comprender, bajaron la cabeza para contemplar sus manos y muñecas, o para contemplar el collar sobre las prominencias del hermoso seno.

Las tres palidecieron a la vez. Incrédulas, contemplaron el oro de sus joyas.

Un humo tenue se elevaba de sus piezas preciosas. A ojos vista, inexplicablemente, ¡el oro se estaba tornando oscuro!

—¿Qué es lo que ocurre? —murmuró Velda, atónita—. ¿Qué clase de champaña acabas de derramar, Duke? ¿No será algún ácido?

—No hay ácido que pueda oscurecer el oro y todas lo sabéis bien —rió Duke—. Y sin embargo, eso es sólo la primera fase. Ved, ved lo que va ocurriendo ahora con vuestro precioso oro...

Se limitó a apoyar sus dedos en la pulsera de Harmony.

¡El oro, como si fuesen migajas, se desmoronó, formando un polvillo negruzco, salpicado de pequeñas partículas dorado oscuras, por encima del mantel!

Ante el pasmo general, la zurda de Duke arrancó el collar del cuello alabastrino de Velda LeRoy. Ocurrió algo fantástico. Como si fuese oscuro azúcar, la joya también se quebró, lloviendo sobre la mesa en forma de polvillo oscuro. Aturdida, incrédula, Morgana Killian aferró sus anillos con la otra mano. Ocurrió el mismo inexplicable fenómeno. De sus dedos se desprendieron fragmentos

negruzcos y dorado oscuros, que formaron montoncitos cenicientos en su plato vacío.

—¿Qué... qué significa...? —jadeó Morgana, confusa, petrificada por el horror.

—Sencillamente, queridas mías, que el fabuloso invento era un *bluff* total —rió duramente Duke—. Nadie tiene aún la «piedra filosofal» famosa. Alguien supo fabricar oro, es cierto. Pero sólo por tiempo limitado. Es un oro que, momentáneamente, da como auténtico en todos los sentidos. Luego, le basta con humedecerse con algo tan simple como un vino o una cerveza, de escasos grados de alcohol, para diluirse en la nada y ser lo que fue: simple piedra, metal barato o lo que sea, abrasado por el proceso químico que le hizo parecer oro en tanto no se humedecía. Un desastre, vamos. ¿Crees que valió realmente la pena que *vosotras tres fueseis la Reina Midas* para eso?

—¡Duke! —gritó apagadamente Harmony—. ¿Qué estás diciendo?

—Vamos, vamos —rió Yordan—. Todas lleváis oro de la Reina Midas. *Todas* vosotras sois la Reina Midas. No era un individuo ni un binomio, sino un *trío*. Podíais hacer toda clase de juegos y estratagemas para desconcertarme, puesto que siempre trabajasteis unidas en este fantástico juego de disparates. El pobre Montague fue solo vuestro hombre de paja. Queríais deshaceros de la molesta personalidad de la Reina Midas, y avisasteis a Waxman para que os arreglara el asunto, librándoos a la vez de todos vuestros esbirros. Eso os dejaba en la impunidad, y llenas de oro masivo. Un oro que, como visteis, no vale nada. Waxman ha vivido también tan desagradable experiencia cuando quiso bautizar con champaña las estatuas de oro que se llevó de tu yate. Morgana.

—Creo que es inútil negar —habló fríamente Velda—. Duke sabe la verdad. ¿Has pensado que tendremos que deshacernos de ti para continuar en la impunidad?

—Claro —rió Duke—. Pero mucho me temo que no os saldría bien. En estos momentos, la reunión está siendo visionada a través de monitores de televisión en circuito cerrado, por la policía local, el FBI y la CIA. Esta casa está rodeada de agentes armados, y no podríais disfrutar de vuestro nuevo crimen, queridas.

Se miraron entre sí las tres. Duke señaló irónico un espejo del

muro. Morgana se incorporó y fue a él. Lo arrancó. No era tal espejo, sino un cristal transparente. Detrás, se veía una cámara de TV en funcionamiento. Por un oculto altavoz, avisó a alguien:

—El señor Yordan tiene razón, señoritas. Estamos asistiendo a toda la escena. No tienen escapatoria, compréndanlo...

Permanecieron en silencio, cabizbajas. Harmony fue escueta en su comentario:

—Nos has ganado la partida, Duke. Lástima. Hubiera sido magnífico luchar por ti. Ahora, todo eso ya no tiene sentido. Debemos admitirlo. Las tres. Lo cierto es que hemos memorizado la fórmula para no correr más riesgos. Ahora, esa fórmula tan inútil... morirá con nosotras. Buenas noches. Duke, y gracias por tu invitación.

Yordan saltó como disparado por un resorte al intuir lo que sucedía. Gritó con voz potente:

—¡Pronto! ¡Aquí! ¡Traigan un médico y vomitivos, enseguida!

Pero era inútil todo. Bastaron breves segundos. Las tres mujeres, casi de modo simultáneo, con una amarga sonrisa en sus bellos rostros, dejaron caer la cabeza sobre la mesa. Derribaron copas y platos. Cuando Brian Barnes, Jennifer Harris y varios agentes de policía llegaron al comedor, las tres estaban sin vida. Una espuma verdosa asomaba entre sus labios.

—Veneno... —suspiró Duke, examinando a cada una de ellas antes de menear negativamente la cabeza—. Un fulminante veneno. No hubo tiempo de nada. Tenía bien previsto el riesgo de un fracaso... y no querían afrontarlo con vida. Dios las haya perdonado. Eran demasiado bellas para morir así. Pero también demasiado crueles para vivir... Dios mío, cuánta sangre, cuánta muerte para nada...

Se apartó de la mesa, abatido. Jennifer se acercó a él. Puso una mano en su brazo.

—Lo siento, Duke —murmuró—. Las tres parecían locas por usted...

—Nunca sabré si fingían en eso o no. Después de todo, eran caprichosas. Eso les condujo a este final. La Reina Midas, un monstruo con tres cerebros y varios tentáculos, ha muerto definitivamente. Vamos, Jennifer. Me conviene salir de aquí cuanto antes y tomar algo. ¿No quiere acompañarme?

—Claro, jefe. Pero le advierto que yo no estoy loca por usted... *todavía* —sonrió la joven, caminando a su lado.

—Bueno, no se preocupe —declaró Duke Yordan, con aire distraído pero sin olvidarse de su cínico sentido del humor—. Eso le ocurrirá pronto; es irremediable.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispaes contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] La silla, en inglés. < <

[2] Fat Man: «hombre gordo», en inglés. < <

[3] Aproximadamente, doscientos veinticinco kilos. < <

[4] Alusión a la cancioncilla infantil *Diez negritos o Diez pequeños indios*, como se llama en realidad, que sirvió de tema a Agatha Christie para su célebre novela de intriga. (N. del E). < <

[5] *Gold* oro en inglés. < <

[6] *Gold Dream*: Sueño Dorado. < <